

Hartzenbusch, Juan Eugenio
La redoma encantada

LA REDOMA ENCANTADA,

COMEDIA DE MAGIA

EN CUATRO ACTOS,

EN PROSA Y VERSO,

DE

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
1839.

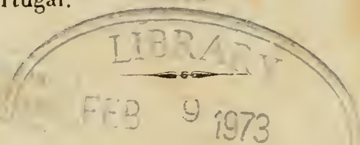
PERSONAS.

DON ENRIQUE.
EL CONDE DE LA VIZNAGA.
DOROTEA.
PASCUALA.
GARABITO.
DON LAÍN.
DON GASPAR.
DON RAMON.
EL SECRETARIO.
ALMA DE CÁNTARO.
PÁJARO-PINTO.
UNA CRIADA.
SIETE BRUJOS.
UN ALDEANO.
UN SOLDADO.

CABALLEROS, DAMAS, BRUJOS, BRUJAS, GENIOS, DIABLOS, SOLDADOS, BAILARINES, CRIADOS, ETC.



La accion pasa en Madrid y sus inmediaciones, en una cueva de Barahona, y cerca de Villarino, á la raya de Portugal.



ADVERTENCIA.

—

Cuando por mis pecados prometí escribir una comedia de mágia, dos composiciones de este género habia yo visto; la una por curiosidad, por equivocacion la otra (1). *Tal era mi aversion á estos espectáculos, que la famosa* Pata de Cabra *no habia conseguido contarme en el número de sus oyentes: asistí despues á una de sus últimas representaciones para estudiarla. No sabiendo qué senda seguir cuando conocí el laberinto en que me habia enredado, acudí al medio mas fácil de salir del apuro; fuí cogiendo retazos de aqui y allá, y los zurcí como Dios quiso, ó como yo pude.* El Anfitrion *de Molière, la* Piel de Asno, *y un cuento de Madama Beaumont, me proporcionaron las principales escenas del drama; si en lo demas, que no es mucho, se notan imitaciones, lo serán de originales que no he leido. Sin la bondad, sin la paciencia, sin los conocimientos prácticos de don Francisco Lucini, imposible me hubiera sido arreglar una tramoya: él es el que ha desembrollado mis ideas en embrion; y si*

---

(1) *Fue la de* Azor, ó el Genio caprichoso, *representada el año* 1825. *El título me indujo á creer que seria una comedia de carácter; chasco que no me hubiera llevado yo, si la hubiesen anunciado los actores con su título original:* El Genio Azor, ó el Protector caprichoso.

esta obra de taracea gustase, á sus consejos y á su pincel lo deberé principalmente. El pensamiento de trasladar á tiempos modernos un personage antiguo, pensamiento que era ya rancio en la época del marques de Villena, podria seguramente producir situaciones cómicas; pero yo me abstuve de bosquejarlas, porque sé que lo hubiera intentado en vano: asi es que en la Redoma encantada, *lo mismo podia llamarse el personage principal don Enrique de Aragon, que Perico el de los Palotes. Esto es lo que yo necesitaba decir al público en descargo de mi conciencia, con respecto á esta obra: por eso la imprimo..... y porque, como dijo el otro, ... todo se imprime.*

ACTO PRIMERO.

Vista de tejados, buhardillas, campanarios y chimeneas En el fondo, á la derecha del actor, una buhardilla practicable, y otra á la izquierda, mas cerca del proscenio, delante de la cual hay un terradillo, y en él una artesa. Es de noche y alumbra la luna.

ESCENA PRIMERA.

GARABITO.

(*Dirígese por el caballete de un tejado á la buhardilla de la derecha.*)

¿Si me estrellaré yo esta noche? (*Da un vaiven.*) ¡El Señor de las alturas me asista! Un pizarrero, que ha medido á nalga todos los chapiteles de Madrid, ¡resbalar de tal modo! Diabluras serán de la tia Marizápalos, esa bruja que vive, ó que muere, en aquella bohardilla de la azotea. Ya dicen que está dando las boqueadas, y aun piensa en sus adobos para viajar por el aire y en maleficiar al prógimo... (*Llama suavemente al postigo de la buhardilla.*) Pascualita, Pascuala.—¿Está sorda esta chica?—Pascuala.

ESCENA II.

PASCUALA.—GARABITO.

Pascuala. (*Dentro.*) ¿Quién llama ahí?
Garabito. ¿Quién ha de ser? Yo.
Pascuala. No conozco á nadie por ese nombre.
Garabito. ¿No te hace cosquillas en el tímpano la voz de tu Garabito?
Pascuala. (*Abriendo la ventana.*) ¡Jesus! ¡Tú por aqui!
Garabito. Yo, Pascualita mia: yo, que despues de

una ausencia de catorce dias, á catorce leguas de tí, vuelvo á verte, catorce veces mas enamorado. Y tú, pichona, ¿te has acordado de mí mucho?

Pascuala. Hace unos dias que me he vuelto muy desmemoriada.

Garabito. Ese es defecto de gente que ha subido muy alto desde muy hondo. A tí no te cuadra. Una pobre bonetera, á quien se le pasan los meses sin que le encarguen un solideo...

Pascuala. Una bonetera puede elevar sus pensamientos mas arriba de la cabeza de un cura.

Garabito. Por eso los has fijado en la mia, que se roza con las veletas de los campanarios.

Pascuala. Han variado mucho mis circunstancias desde tu partida.

Garabito. ¡Y con qué tonillo me lo dice! Vamos, con la entrada de los tudescos en Madrid, los amores en pleito corren la misma suerte que el rey Felipe. Otro recibimiento me hacias antes, cuando ponia mis labios, y mis jornales, en esa mano. Y hoy que vengo á anunciarte una noticiona...

Pascuala. ¿Que los aliados se van á Toledo?

Garabito. ¿Qué me importan á mí todas las alianzas del mundo? La tuya es la que yo ambiciono. Mañana declaro á la cócora de tu madre que si no me franquea sus puertas, daré una campanada que suene desde la vicaría hasta la parroquia. Ya con este fin he negociado un empréstito, porque del conde de la Viznaga no hay que esperar un maravedí.

Pascuala. Sí: ya sé lo que te pasó con él, antes que salieras para el sitio. ¡Vaya, que fue lance gracioso!

Garabito. Maldita la gracia que le encuentro yo á una paliza, cuando la recibo.

Pascuala. ¿Supiste lo que hubo aqui la mañana siguiente?

Garabito. No me lo has escrito, y yo desde el cimborio del Escorial no alcanzaba á verlo.

Pascuala. Pues, amigo, he tenido una visita de mi casero.

Garabito. ¿Qué pobrete se libra de una cada mes?

Pascuala. Esta vez no venia de oficio. ¿Quién te figurarás tú que le acompañaba?

Garabito. ¿Algun clérigo aleman, que habia perdido el alzacuello por esos caminos?

Pascuala. Sí, sí; nada menos que su amo, el conde de la Viznaga.

Garabito. ¡El que me mandó dar tantos palos como pesos me debia!

Pascuala. El mismo. Cuando llamaron, y vi al conde por el ventanillo...

Garabito. Echarias el cerrojo á la puerta.

Pascuala. No; pero me volví de puntillas...

Garabito. Para esconderte.

Pascuala. Para mirarme al espejo. Me arreglé la trenza y el vestido, y abrí de par en par á su señoría.

Garabito. ¡Al don Juan Tenorio de estos tiempos! ¡A un secuaz del archiduque Carlos! ¡A un enemigo acérrimo de S. M. don Felipe V!

Pascuala. Las mugeres en esta guerra hacemos el papel de potencias neutrales.

Garabito. Ya: tú que no has de ser monja, dirás: guerra de sucesion, que dure hasta que yo peine canas.—Pero, ¿á quién buscaba el conde?

Pascuala. A mí.

Garabito. ¡Cáigame en el colodrillo una fundicion de estaño! ¿Y qué te dijo? ¿qué queria?

Pascuala. Verás. Principió refiriéndome que se le habia encajado en su casa, pidiéndole el pago de cierta cuenta, un bárbaro de un vidriero, un estúpido, un insolente...

Garabito. ¿Eso lo decia por mí?

Pascuala. Las señas eran infalibles. Que te respondió que aguardases unos dias... ó meses... Para los señores es lo mismo.

Garabito. Para el pobre es muy diferente. Pero, ¿qué tiene que ver el despolvoreo de mis lomos... con...?

Pascuala. Si voy á eso. El conde habia sabido que tú me obsequiabas, y que yo era muy linda chica: estas fueron sus espresiones.... Y dijo que por eso venia...

Garabito. ¿A qué?

Pascuala. A casarme.

Garabito. ¿Conmigo?

Pascuala. No; con mi casero.

Garabito. ¡Su mayordomo!

Pascuala. Don Laín Cornejo.

Garabito. ¡Un setenton! ¡Un pícaro que debia estar en la horca!

Pascuala. Para ese pretendia el conde mi mano: para tí tenia negociada una plaza...

Garabito. ¿Dónde?

Pascuala. En las galeras del archiduque.

Garabito. Tú dirias que no quiero ser gravoso al estado.

Pascuala. Pero su señoría estaba decidido á emplearte. Su proyecto era ó que aceptara yo aquella boda, ó que tú cargases con un grillete.

Garabito. ¡Oh iniquidad! Tú rehusarias...

Pascuala. Por supuesto.

Garabito. Llorarias...

Pascuala. A todo trapo.

Garabito. Te desmayarias...

Pascuala. Me quedé muerta. Pero al volver del soponcio, me hallé con una joya al cuello; y mi madre me dijo que en medio de mi turbacion, habia dado á don Laín el sí de esposa.

Garabito. ¡Vírgen de Vallecas! ¿Y no consideraste...?

Pascuala. Considerando que te daba la mayor prueba posible de mi cariño, el lunes pasado me dejé llevar á la iglesia; y de la noche á la mañana, me encontré con un marido Matusalen al lado, coche á mi disposicion, diamantes, criados, y seis mil ducados de renta.

Garabito. ¿Es verdad lo que oigo? ¿Tú casada? ¿Y qué es lo que hago yo ahora?

Pascuala. Por lo pronto, darme la enhorabuena.

Garabito. Tú te burlas; no puede menos. ¡Una señorona de coche aposentada en una buhardilla!

Pascuala. He venido á visitar á mi madre... y de camino á otra cosa. El conde ha puesto los ojos en la vecinita de al lado, la Dorotea. Su abuela la solia traer aqui algunas noches... y... por cierto que hace ya tres que no la vemos; de modo, que el señor conde está desesperado.

Garabito. El desesperado, el furioso, el frenético soy yo... yo, que me arrojaria del tejado al suelo, si no

fuera mas justo arrojar á la pérfida que me ha vendido.

Pascuala. Venderte en seis mil ducados anuales, no es hacer mal negocio.

Garabito. ¡Esta injuria á un maestro vidriero, pizarrero y plomero!

Pascuala. Ponte en razon. Tú me ofrecias un porvenir tan frágil, tan resbaladizo, tan pesado... Es menester que conozcas que una muchacha de mi palmito merecia mejor suerte. En fin, marido como el que tengo, no ha de durar gran cosa: si cuando enviude yo, tus vidrios, tus plomos y tus pizarras te han hecho millonario; si puedes satisfacer los caprichos de una muger bonita, y apalear á tus acreedores impunemente, entonces... hablaremos. Mientras tanto, paciencia y espera.

Garabito. Oye, escucha.

Pascuala. Buenas noches... y buena fortuna, Garabito. Vete por donde viniste, y cuidado con una costalada. (*Quítase de la ventanilla y la cierra.*)

ESCENA III.

GARABITO.

¡Cielos! ¡Ella casada, y yo con mi dinero perdido, ganada una paliza, y amenazado de galeras por añadidura! ¡Se me ha lucido el haber gastado todo el fruto de mis sudores con esa víbora! Es necesario que me desahogue, dándole una vuelta de mogicones, que le haga cantar la letanía de todos los santos. (*Intenta forzar la ventana de la buhardilla.*) Como logre colarme dentro, del primer guantazo... (*Abrese la ventana y aparece el conde dentro de la buhardilla.*) ¡El conde!

ESCENA IV.

EL CONDE (*que sale al tejado*).—GARABITO.

Conde. Si quieres conservar las costillas que te quedaron el otro dia, vete de aqui mas que á paso.

Garabito. Señor conde...

Conde. Lejos de aqui, repito.

Garabito. ¿No está V. S. contento con haberme negado el premio de mis afanes...?

Conde. Soy conde: pago cuando quiero.

Garabito. ¿Sino que no ha parado V. S. hasta dejarme sin novia?

Conde. Leccion para el pobre que se insolenta con el poderoso. Un hijo de un zurrador y una molinera, nieto de un saltimbanqui, hermano de un ventero, ¡atreverse á decir á un título: «De aqui no salgo sin lo que usted me debe!»

Garabito. Y si el que me manda trabajar no me paga, ¿cómo vivo yo?

Conde. Y si no guardas consideraciones al que te sostiene, ¿querrá emplearte en servicio suyo? ¿No te abandonará? Su abandono, ¿no te condenará á la miseria?

Garabito. Y si el señor no se sirve del obrero, ó el obrero se niega á servir al señor, ¿no tendrá el rico, el noble, el grande, que coserse su vestido, reparar su casa y enjaezar su caballo?

Conde. Para no abatirse á tan viles ocupaciones, hallará de sobra espíritus débiles y apocados, almas miserables de plebe, que le sirvan de grado ó por fuerza. Con valor ó con industria hemos adquirido el poder nosotros, envidiosa canalla: mientras no sepais hacer lo que nosotros hicimos, humillaos ante el hombre que tiene mas, que puede mas, que vale por consiguiente mas que vosotros.

Garabito. Señor conde, el hombre que veo delante de mí, es un hombre como yo, inferior á mí, porque yo soy robusto; yo aqui soy el fuerte. Aqui no tiene V. S. la escolta de sus lacayos; todos somos iguales de tejas arriba; y por Dios, que si me dejo arrebatar de la cólera...

Conde. ¿Qué podrá esa cólera contra este preservativo? (*Saca dos pistolas.*)

Garabito. ¡Ah! ¡que no haya podido gastar seis doblones en armas!

Conde. Pues esa es la diferencia que media entre los dos, sobre tejas y sobre baldosas.

Garabito. Yo le juro á V. S. que alguna vez...

Conde. Eres muy dueño de jurar, como sea en otra manzana.

Garabito. Guárdese V. S. de mí desde hoy. (*Retirándose.*)

Conde. Guárdate tú de una leva. Pillos de tu especie sobran en Madrid, y pueden hacer su papel con un remo en la mano.

Garabito. Si no me vengara... (*Va á arrojar una teja al conde.*)

Conde. ¡Bribon! (*Le encara una pistola, que da fogonazo: Garabito se entra en la buhardilla del terradillo.*) Se refugió en casa de la bruja: basta con haberle asustado.

ESCENA V.

DON LAÍN.—EL CONDE.

Laín. (*Asomándose por la buhardilla.*) ¿Dónde está ese bellaco? ¿No parece ya, eh? Bien ha hecho en escurrirse, porque si no... ¡Cuidado con subírsele á las barbas á mi amo, por causa de mi muger!

Conde. ¡A buen tiempo me venia el socorro, si lo hubiese necesitado! Da treguas á tu valor, amigo Laín; que no te asalario yo para que me guardes las espaldas, sino para que desuelles á mis arrendatarios.

Laín. Pero yo soy criado fiel, y por servirle...

Conde. Retirémonos, porque ya es hora de penetrar en el cuarto de Dorotea. Está visto que su abuela sospecha de mí, y que por eso no vuelve á casa de tu suegra. La niña me gusta; obsequiándola, encubierto con el nombre de don Juan, he advertido en ella una inclinacion, que tiene visos de verdadera; su árgos me la esconde; razon para que yo burle su vigilancia.

Laín. El albañil habrá roto ya el tabique que separa esta habitacion de la de Dorotea. Yo le encargué el mayor silencio...Voy á ver si ha despachado. (*Vase.*)

Conde. Nuestro valenton parece que se halla bien con la Marizápalos. A ese mozo es menester enviarle á empizarrar el palacio del gobernador de Manila. (*Entrase en la buhardilla.*)

ESCENA VI.

GARABITO.

(*Sale de la buhardilla del terradillo, recatándose.— La luna se ha cubierto, y la oscuridad es completa.*)

No podia permanecer mas tiempo delante de ese cadáver. Sola y abandonada se ha muerto la infame bruja. No, si la hubiese encontrado en disposicion de oirme, no hubiera yo dejado de implorar su ausilio para hacer una jugarreta al conde. Ya estarán las doce al caer, hora en que los brujos emprenden sus caminatas aéreas: á la primera campanada, me pondria de patitas en el barreño de los untos para volar, montaria en una escoba, y cruzando los aires... (*Dan las doce: Garabito tropieza en una artesa que hay en el terradillo, y cáese dentro de ella.*) ¡Voto á cribas! ¡Lo que he cruzado es el suelo! Me he zampado en una artesa llena de agua. ¡Hif! ¡qué frio! Y no acierto á levantarme... No sé qué revolucion se obra en mi cuerpo. Y me hundo... (*Desaparece por un momento y luego sale de la artesa volando, transformado en vieja.*) ¡Que me escapo! ¡Que me vuelo! ¡Que me llevan los diablos á Barahona! (*Algunos brujos salen por las chimeneas de los tejados, y cruzan el aire en la misma direccion que Garabito.*)

ESCENA VII.

(Un desvan.)

DOROTEA.—EL CONDE.

Dorotea. Márchese usted al momento.
Conde. ¡Qué inhumana tiranía!
Dorotea. Mayor pena merecia
tan estraño atrevimiento.
Conde. Es demasiado rigor.
Dorotea. Quien paredes atropella,
muy poco de una doncella
respetará el pundonor.
Conde. (*Aparte.* ¡Que han de ser tan montaraces
las Lucrecias de trapillo!)

En fé de mi amor sencillo,
debemos hacer las paces.

Dorotea. Las hago, si usted se va.

Conde. Oigame usted, y me iré.

Dorotea. Si me habla lejos, oiré.

Conde. Bien. ¿Desde aqui?

(*Colocándose á cierta distancia de Dorotea.*)

Dorotea. Mas allá.
¿Cómo usted se propasó
á romper aquel tabique?

Conde. Primero que á usted esplique
la razon que me obligó,
reciba ese don, señal
de lo que agradarla estudio.

Dorotea. Aunque es bien raro el preludio,
aparo en el delantal.

(*El Conde echa á Dorotea en la falda un estuche de alhajas, que ella abre y examina.*)

Conde. (*Aparte.* Segun mi segura táctica,
es esta la gran retórica.
Mas que una pasion teórica,
vale un donativo en práctica.)

Dorotea. ¡Qué miro! Diamantes son.
Tal regalo corresponde
á un hombre rico.

Conde. Es un conde
quien hace á usted ese don.

Dorotea. ¿Un conde?

Conde. El de la Viznaga.

Dorotea. Muy señor mio y mi dueño. (*Sonriéndose.*)

Conde. Ese semblante risueño
mis esperanzas halaga.

Dorotea. No hay que tomar á favor
de mi labio la sonrisa.
Me rio, porque la risa
dice á mi cara mejor;
y porque ¿quién se contiene
al ver en este desvan
al conde mas perillan
que toda la corte tiene?

Conde. ¿Quién aqui me calumnió?

Dorotea. El que no proceda bien,

sufra que todos le den
el nombre que mereció.

Conde. Si un retrato verdadero
hace la fama de mí,
nada puede haber allí
que deshonre á un caballero.
Dirá la enemiga crónica
en su censura mas rígida,
que tuve aficion á Brígida,
y quise despues á Mónica;
pero ¿es delito buscar
con afanoso teson
un amante corazon,
y no poderlo encontrar?
Si no supieron las bellas,
á quienes rendí mi pecho,
ligarle con nudo estrecho,
la culpa tuvieron ellas;
ó quizá del sumo Ser
fue decreto soberano
que yo suspirase en vano
entre mil, por la muger
que me pintaba la idea,
para que el alma en despojos
me llevase con sus ojos
la divina Dorotea.

Dorotea. Y acaso fue suerte mia
que yo á usted me aficionase,
solo mientras ignorase
que un conde me pretendia.

Conde. Cuando ficciones renuncio,
¿con tal desengaño toco?

Dorotea. ¿Aprecia usted en tan poco
la franqueza del anuncio?

Conde. Diciendo mi calidad,
mi fé sincera acredito.

Dorotea. Esa ingenuidad imito,
pues tambien digo verdad.

Conde. ¿Con que te pierdo? ¡Oh tormento!
¿Con que mi muerte deseas?
¿Qué dices?

Dorotea. Que me tuteas,

y te apeo el tratamiento.

Conde. ¿De dónde el hechizo sacas,
que avasalla mi altivez?

Dorotea. Sé yo desde la niñez
no espantarme de alharacas.
Como siempre en un rincon
encarcelada he vivido,
ratos de sobra he tenido
que dar á la reflexion;
y pesando en fiel balanza
mis cualidades un dia,
me pareció que podia
entregarme á la esperanza
de que algun hombre de bien,
que amor y honradez buscase,
ofrecerme se dignase
una mano por sosten.
Esperando con afan
aquel protector soñado,
en la buhardilla de al lado
hallé mi primer galan.
Me habló de amor: escuché;
dijo que me idolatraba;
por ver que maña se daba,
idolatrar me dejé.
Fue mi primera aficion;
él tiene un pico de perlas:
le dí, pues, sin defenderlas,
las llaves del corazon.
Decia para mi saya
muchas veces yo: recelo
que es don Juan un picaruelo;
pero si me quiere, vaya;
nómbreme suya, y me obligo,
sagaz y tierna consorte,
á lograr que se reporte,
y se contente conmigo.
Proyectos sin duda buenos;
mas, para servir á ustedes,
¿quién era mi Ganimedes?
Todo un conde, por lo menos,
de amor célebre adalid,

que por sus triunfos gallardos,
el conde de picos pardos
le llama todo Madrid.
Firme, si al principio atónita,
de tanto engaño en el piélago,
digo á mi galan murciélago
que ya conozco su mónita;
y pues en tan mal camino
los pasos ha de perder,
lo mejor que puede hacer
es irse por donde vino.
Queden para otra beldad
esas joyas que me ofrece:
semilla son que perece,
sembrada en mi voluntad,
porque mas que dones ricos
vale el honor que atesora
esta humilde servidora
del conde de pardos picos. (*Quiere irse.*)

Conde. Detente, esquiva hermosura,
deten el paso veloz,
porque me encanta tu voz,
aunque ofende mi ternura.
Si viste amor en don Juan,
¿cómo en el conde no fias?

Dorotea. Amor de túes y usías
va de bolin de bolan.

Conde. ¿No puedo yo dar mi fé
á dama de humilde cuna?

Dorotea. ¿De qué nace que ninguna
le contenta á vuesarcé?

Conde. ¿Quién, Dorotea gentil,
quién contigo se compara?

Dorotea. Eso mismito apostara
que lo ha dicho usted á mil.
En fin, supuesto que soy
una niña tan cabal,
y usted me adora leal,
á hacer un ensayo voy.
Hija de un mísero hidalgo,
noble soy sin vanagloria:
ni adoro mi ejecutoria,

ni me oculto lo que valgo.
A veces juguetoncilla
en casa, á veces apática,
parezco una diplomática
en tomando la mantilla.
Me hallo con disposicion
de aprovechar un caudal,
y al ver el ageno mal,
se me parte el corazon.
Perdon supiera pedir,
si ofendiese á un pordiosero,
y á un pisaverde grosero
con un gesto confundir;
en suma, por varios modos
cuento con poderme hacer
reverenciar y querer
de mi marido y de todos.
Asi un don Juan se me esplica
en una amorosa carta,
y los elogios que ensarta,
de su mano los rubrica.
Yo en su buena fé descanso,
y de su voz al compás,
si me alabo, no hago mas
que hablar por boca de ganso.
Pues si en mí todo embelesa,
si tanto mérito brilla,
¿no me viene de perilla
para hacer una condesa?

Conde. (*Aparte.* ¡Friolera es la ambicion
de la niña!) Yo veré...

Dorotea. Nada; nada: ¿para qué
pensar la resolucion?
Usted que mi amor anhela,
que adora con frenesí,
¿cómo ha de negarme un sí
en presencia de mi abuela?

Conde. Pero... de improviso...

Dorotea. ¡Bah!
Es sorpresa muy gustosa.

Conde. Una vieja recelosa
de todo sospecha.

Dorotea. ¡Cá!
Le creerá á usted... como yo.
Conde. Declárate sola tú.
Dorotea. Yo empezaré, y usted...
Conde. ¡Uh!
¡Qué apurar!
Dorotea. Animo.
Conde. ¡Eh! no.
Dorotea. Sí, venga su señoría
donde despliegue gentil
todo ese amor señoril
que señorea en usía.
Conde. Soy incapaz de bastardos
designios; pero...
Dorotea. Ya estoy;
mas yo quiero quedar hoy
condesa de picos pardos.
(*Ase de la mano al conde y se entra con él.*)

Salon subterráneo de arquitectura antiquísima, debajo de los campos de Barahona. En el fondo se ve en un nicho la redoma encantada. En medio del tablado un pedestal. Se oye música estrepitosa dentro, y la algazara de un baile desordenado.

ESCENA VIII.

GARABITO (*de vieja y con el trage de archimaga, conducido por el Secretario*). PORTEROS. *Luego* BRUJOS Y BRUJAS.

Secretario. (*A un portero.*) Avisad á todos que vengan: decid que es órden de la archimaga. (*Vase el portero.*)

Garabito. Ni yo doy esa órden, ni necesito aqui á nadie, ni quiero sino soltar estos arrequives que me habeis encajado... por sorpresa. Dale con archimaga, aqui; archimaga, allá; despache usted esto, entérese usted de lo otro... ¿Cómo diablos os he de

decir que no soy la tia Marizápalos?

Secretario. ¿Y cómo se lo quereis persuadir á vuestro secretario íntimo?

Garabito. Me teneis ya frito, señor secretario.

Secretario. Esa es una metáfora; pero si persistís en tan ridículo empeño, se os freirá positivamente.

Garabito. ¿Cómo?

Secretario. En la caldera de los conjuros. Esa pena imponemos á los dignatarios recalcitrantes.

Garabito. (*Aparte.* Para el pícaro que haga dimision por ahora.)

Brujo 1.° (*Que sale corriendo tras una jóven.*) Una contradanza conmigo, mi diosa.

La jóven. No, que reñirá mi marido.

Brujo 2.° (*Corriendo tras una vieja.*) Un fandango, abuela. Vamos, que ese cuerpecito pide guerra todavía.

La vieja. Déjeme en paz, mostrenco.

Voces dentro. ¡Aqui, aqui! (*Sale un tropel de brujos y brujas voceando y tocando varios instrumentos, como bandurrias, panderetas, gaita, triángulo y castañuelas. Algunos bailan. Palmadas: cesa la música.*)

Secretario. Basta ya de broma. Guarden los sócios órden, si quieren.

Garabito. Guarden silencio las socias, si es posible.

Los porteros. (*Haciendo sonar sus mazas huecas.*) Atencion.

Secretario. (*A Garabito.*) Subid á vuestro puesto.

Garabito. (*Aparte al Secretario.*) Pero, secretario... si mis achaques me han barajado la memoria.

Secretario. No se admite disculpa. Habeis visto los espedientes y habeis repasado el proyecto de arenga: dadnos esta vez, que será la última, el gusto de veros desempeñar vuestras funciones directivas.

Garabito. (*Aparte.* ¡Ay! Dios me la depare buena.) (*Sube á un pedestal que hay en medio del teatro.*) Brujos y brujas de todos los aquelarres de España, se da principio al conciliábulo.

La jóven. No burgue la vieja.

La vieja. No se eche encima la mocosa.

1.° (*A un brujo muy despilfarrado.*) Colóquese en su

grupo; los de aqui gastamos medias de seda.

Los porteros. (*Haciendo ruido con sus mazas.*) Atencion.)

Garabito. (*Aparte.* ¿Cual es el primer punto? Ah! ya estoy.) Sabios compañeros... La hora en que el ejercicio de la hechiceria se abandone para siempre en España, va á sonar al instante. Escrito estaba, como sabeis, en nuestros libros proféticos, que nuestra secta cesaria de existir en la península, cuando desapareciese la valla natural que la divide del continente. Esta condicion está ya cumplida. Diez años há que el rey de Francia pronunció aquellas fatídicas palabras: «ya no hay Pirineos.»

2.º Pido que se averigue la verdad del hecho.

Garabito. Aqui no se viene á averiguar verdades.

1.º Fuera el que interrumpa.

Todos. ¡Fuera!

Los porteros. Orden.

Garabito. Yo, que ví bambolear en sus cimientos el alcázar de la mágia, quise evitar que pereciésemos entre sus escombros: quise mas; quise que de la ruina del arte naciese la prosperidad de los que lo profesaban; quise, en fin, que renunciando á ser brujos. nos dedicásemos á hacernos ricos, y que en lugar de chupar la sangre á nuestros contrarios, trasladásemos á nuestros bolsillos el oro de sus gabetas.

2.º ¡Cómo lo parla!

1.º ¡Cómo rebuzna!

Todos. (*A un tiempo.*) Silencio. Orden. Chito. Callen ellas. Callen ellos.

Garabito. (*Dando una gran voz.*) Callen los que mandan callar. (*Se restablece el silencio.*) Mi proyecto fue admitido con entusiasmo; y cuando pasado el tiempo prescrito para darle felice cima, os reuno en estas catacumbas, sobre las cuales se estienden los célebres campos de Barahona, en vuestros ojos, en vuestros vestidos, en vuestros ademanes descubro, enagenada de júbilo, el orgullo, la petulancia, el sobrecejo insultante que caracterizan al hombre que de pobre ha pasado á opulento.

1.º Eso se podia suprimir.

2.º Aqui no se viene á averiguar verdades.

Algunos. Que se llame al órden á la archimaga.
Secretario. (*Aparte á Garabito.*) Usad del gran recurso.
Garabito. ¿Y cuál es? ¿Emprender á palos con ellos?
1.º Propongo un voto de censura.
Muchos. Apoyado.
Garabito. (*Despues de haber hablado en secreto con el Secretario.*) Silencio. Yo empuño el baston de archimaga todavía, y si me faltan al respeto.... ¡voto al marques de Villena!... (*Suena dentro un estrépito horroroso: los brujos caen aterrados al suelo.*)
Todos. Perdon, perdon.
Garabito. Alzad, y no me obligueis á repetir ese juramento terrible que hace estremecer las puertas del infierno. (*Repítese el estruendo, pero menos fuerte.*) Visto ya que no se halla entre vosotros ninguno tan estúpido que no haya sabido enriquecerse á costa agena, solo me falta averiguar las profesiones que algunos sócios han elegido. Cornelio Trapisondas, ¿con qué modo de vivir se ha disfrazado?
Brujo 3.º Soy casamentero.
Garabito. Judas Sanguijuela.
4.º Escribano real.
Garabito. Matatias Garrones.
5.º Usurero.
Garabito. Dimas Tragaldavas.
6.º Asentista de todos los ejércitos beligerantes.
Garabito. Toribio Pichote.
7.º Poeta.
Todos. Fuera, fuera el profano.
Garabito. Nuestro instituto no permite á ningun sócio egercer una profesion indiferente. Desde la de holgazan pensionado hasta la de sacamuelas, hay mil empleos en que hacer daño á la sociedad, cuyo azote somos. Elegid uno de ellos.
7.º Voy á escribir en comedias la vida del hombre malo.
Garabito. Eso es distinto. Entontecer y desmoralizar al público es una obra meritoria para nosotros. Ultimo punto. (*Aparte al Secretario.* ¿Cuál es el último punto?)
Secretario. Lo de la botella....
Garabito. ¡Ah! sí: tengo esta cabeza perdida.—En esa

redoma yace, cual sabeis, encantado el reformador de la mágia en Castilla, el célebre don Enrique de Aragon, marques de Villena. (*Todos los brujos hacen una profunda reverencia.*) Trasladada esa ampolla desde Madrid á este sitio por los espíritus inf... por los espíritus nuestros auxiliares, dejando en su lugar otra para que el insensato vulgo la hiciese añicos, ha parmanecido largos años intacta. En el momento en que una mano atrevida quebrante ese vaso, volverá el marques de Villena á contarse en el número de los vivientes. Habiendo vosotros.... habiéndonos nosotros servido de la mágia para fines distintos de los que se propuso aquel hombre singular, que empleó neciamente su saber en beneficio del mundo, de temer era que si le libertábamos de esa estrecha cárcel, nos castigase por haber desnaturalizado la índole de su doctrina. Propongo, pues, que la redoma encantada quede en este parage hasta la consumacion de los siglos.

Todos. Aprobado.

Garabito. (*Aparte.* Abreviemos la despedida.) Secuaces de Merlin, hijos de Celestina, soltad ya de las manos el cetro con que mandabais á la naturaleza. Gozad de los bienes que os procuró vuestra industria: ellos os harán respetar de los mismos á quienes habeis despojado; y al bajar á la tumba, la necia posteridad, lisongera siempre con el poderoso, estampará en vuestra losa con el oro que usurpasteis pomposos letreros en alabanza de virtudes que jamas habreis conocido. Libres sois, compañeros, libres sois, espíritus que nos habeis asistido. (*Unas figuras aladas vuelan.*) La secta de los brujos queda para siempre disuelta en España. (*Rompe el baston, se baja del pedestal y deja las demas insignias archimágicas.*)

Brujo 1.º (*Al que tiene á su lado.*) V. me insultó en Zugarramurdi.

2.º (*A otro.*) V. se habia propasado conmigo.

3.º (*Al* 1.º) V. me debe y no me paga.

Una bruja á otra. Ella será la puerca.

1.º (*Al* 3.º) Satisfaccion.

2.º Esplicacion.

3.º (*Al* 1.º) Mi dinero.
Bruja. Mi limpieza.
Muchos. Fuera, fuera.
Algunos. Aquí ya nadie manda.
Otros. Cachete y tente perro.
Todos. Afuera, afuera.
(*Riñen todos unos con otros y salen aporreándose.*)

ESCENA IX.

GARABITO.

Ya salí del apuro. No: en llegando á Madrid, me voy derechito á la buhardilla de la tia Marizápalos á ver qué riquezas habia adquirido. Esto se entiende si no han acudido antes los alguaciles, porque oliendo que chupar, andan mas listos que los brujos. ¿Pero cómo me dirijo yo ahora á Madrid? Esa familiota ha renunciado solemnemente á la hechicería; pero su primer dignatario hechizado se queda. Derechos adquiridos, que se respetan en esta revolucion. Sirvámonos de las noticias que se me han dado. Consultemos al protomaestro de la facultad. Aquella es la redoma encantada, donde está en forma de álcali volátil el marques de Villena: restituyamos al mundo un hombre de bien; no abundamos hoy dia tanto, que uno mas nos estorbe. (*Coge del suelo un pedazo del baston de archimaga.*) A la una, á las dos: ¡pum! (*Rompe la redoma. Sale de ella una llama primero, y humo despues que se va aclarando y dejando ver la figura de don Enrique.*) ¡Calle! pues se ha disipado; se conoce que la tal combinacion mágica se habia desvirtuado con el tiempo. Pero no: allí distingo no sé qué pajarraco, que casi tiene figura humana. Sí, cada vez lo veo mas claro. El es.... digo, él puede ser, que yo no he alcanzado los tiempos de su señoria. (*Don Enrique baja del nicho al tablado.*)

ESCENA X.

DON ENRIQUE.—GARABITO.

Enrique. Deste parage non guardo
membranza. ¡Dios eternal!
¿dó esto? ¿Qué ha sido de mí?
Melendo, Nuño, Ferran...—
Ningun servidor me acude.
Dormir he debido asaz.
Vos, ¿quién sodes?

Garabito. (*Aparte.* Yo no entiendo
pizca de tal guirigay.)
Si usted pregunta quien soy,
le diré en primer lugar
que no soy lo que parezco.

Enrique. ¿En que parla me fablais?
De lueñe venís, la fembra
de arreo descomunal.

Garabito. Arreo es cosa de bestias,
y bien que pobre pelgar,
nombre de aguda cabeza
por todo Madrid me dan.

Enrique. ¿Esto es Mădrid?

Garabito. No señor.
es Barahona.

Enrique. ¿Dó yaz
la caverna en que se ayuntan
los nigromantes?

Garabito. Cabal.

Enrique. (*Aparte.* A las mientes se me viene
la mi redoma, mi gran
encantamento...) ¿Cuál año
corre de la era volgar?

Garabito. Mil setecientos y diez,
si no miente el almanac.

Enrique. ¡Oh triunfo del mi saber!
Sciencia fallada por Cam,
yo á la perficion te aduje,
yo fiz lo que nadie faz.
Vos, don rey de las esferas,

cuyo dedo es el pilar
do asienta la pesadumbre
de la máquina mundial,
de finojos vos adoro:
mi superbia perdonad.
Cá, señor, ¿quién se guaresce
de un tanto de vanidat,
si torna en aquesta guisa
á ver la lumbre solar?
Docientos setenta y tres
años he posado en paz
en mi escondredijo.

Garabito. Ha sido
una siesta regular.
¿Y despierta usted con toda
su mágica habilidad?

Enrique. ¿Qué cosa es *usted?*

Garabito. *Usted....*
es..... usted.... cuando yo á hablar
me pongo con él,.... soy yo,
si me habla un pelafustan;
y él y todos son *ustedes,*
si se lo quieren llamar.

Enrique. Dios me fine, buena vieja,
si vos entiendo.

Garabito. Alto allá:
si soy vieja, es que me han hecho
que me madure en agraz,
envolviendo en esta cáscara
un hombre como un varal.

Enrique. Ruminad lo que fablardes.
¿Traen en aquesta edad
los varones de Castilla
ese aparejo?

Garabito. No tal;
pero hace poco me dí,
bien contra mi voluntad,
un baño en cierto calducho,
preparacion infernal
que una bruja en su tejado
tenia puesto á enfriar;
y míreme usted trocado.

en ella, sin mas ni mas.

Enrique. (*Aparte.* El mi anillo prepotente
ganoso estoy de probar.)
Criatura contrafecha,
torna á tu ser natural.

(*Desparecen los vestidos mugeriles de Garabito, quedando en su traje ordinario.*)

Garabito. ¡Ajajá! Ya me conozco.
Sentia una frialdad
antes en la sangre.... ahora
no, hierve como un volcan.
Mil gracias, señor marques;
no se muera usted jamas.
Usted es hombre de pro:
bien hice yo en quebrantar
su redoma.

Enrique. ¿Que tú fuiste?
Gualardonarte me cal.
Garzon bien queriente mio,
demándame á tu solaz,
y en acudir al tu gusto
mi prestedumbre verás.

Garabito. A un conde que sin razon
me ha mandado apalear,
quisiera yo darle..... asi....
una leccion de moral,
para que á la pobre plebe
tratase con caridad.

Enrique. ¿Tú eres pechero?

Garabito. Artesano.

Enrique. ¿Pobre?

Garabito. Cuanto gano el pan.

Enrique. ¿E á un grande aborreces?

Garabito. Pues,
y por él á los demas.

Enrique. Grande ansimesmo so yo;
membrédeslo, don fulan.

Garabito. (*Aparte.* ¡Bestia de mí! ¡A buena parte
vine mis quejas á dar!
Dos lobos de una camada,
digo, ¿si se morderán?)

Enrique. Palos, desorejaduras,

azotamientos, é lo al
desta guisa; lo sofrian
antaño con homildat
los villanos, cá tal era
ley é usanza general.

Garabito. (*Aparte.* Pues no hemos perdido poco
los pobres con no alcanzar
ese siglo!)

Enrique. Plazme empero
la facienda averiguar
de esotro conde, é si peca,
punido de mi será.
¡Ah de los genios del aire
que obedescen mi mandar!
Sepades poner por obra
mis disinios.

Voz dentro. Ya lo están.

(*Abrese en el muro del fondo un boquete, y se ve al conde en su casa, acompañado de don Gaspar y don Ramon.*)

Enrique. ¿Cuál es tu inimigo?

Garabito. Aquel.

Enrique. Oigámosle en poridad.

ESCENA XI.

EL CONDE. DON RAMON. DON GASPAR, *sentados alrededor de una mesa y bebiendo.*—DON ENRIQUE. GARABITO.

Conde. Tal fue su resolucion:
ó bodas, ó calabazas.

Gaspar. ¿Y de qué manera trazas
humillar su presuncion?

Conde. (*Bebiendo.*) Satisfaciendo su antojo.

Ramon. ¿Casarte con ella quieres?
Vaya, tú por las mugeres
serás capaz de un arrojo.

Conde. Bebed mientras os instruyo
del plan que en mi mente ordeno.

Gaspar. Bebamos, que el vino es bueno:
el plan será como el tuyo.

Conde. (*A Gaspar.*) Si yo no recuerdo mal,

me has dicho en una ocasion
que tienes un caseron
allá junto á Portugal.

Gaspar. Si es un castillo roquero
con cuatro torres enormes.

Ramon. Desde ellas se le ve al Tormes
desembocar en el Duero.

Gaspar. Su nombre solo anonada
y aterra al vulgo sencillo.

Conde. ¿Como se llama?

Gaspar. *Castillo*
de la cabeza encantada.
Llevo por punto de honor,
ya que todo lo vendí,
salvar esta finca.

Ramon. Sí,
hasta que halles comprador.

Conde. Pues allí pienso llevar
á mi orgullosa hermosura,
y allí vestido de cura,
me casarás tú, Gaspar.

Ramon. ¡Bravo!

Gaspar. ¡Bien!

Garabito. ¿Qué tal?

Enrique. Judio
será, que non fijodalgo,
aquese home.

Gaspar. Un mundo valgo
para el lance.

Garabito. ¡Vaya un tio!

Conde. Ramon de padrino hará.

Ramon. De sacristan, si conviene.

Gaspar. ¡Buen chasco se le previene
á esa necia! Rabiará
cuando averigue el misterio.

Conde. Se le deja que alborote,
y luego le doy un dote,
ó la llevo á un monasterio.
Por el logro de mis fines. (*Brindando.*)

Gaspar. Por la simple que se vende
á sí propia.

Enrique. Yo por ende

la defiendo, malandrines,
mengua del nombre español.
(*Ciérrase la abertura.*)

ESCENA XII.

DON ENRIQUE. GARABITO.

Garabito. Y sepa, señor marques,
que la Dorotea es
una chica como un sol.
Enrique. ¿Fermosa?
Garabito. Y noble y honrada.
Enrique. ¿Noble doncella otrosí?
Garabito. Sabe mas que un zahorí.
Enrique. Será un tanto engorgollada.
Garabito. Si es la dulzura en persona.
Enrique. ¡Cuerpo de tal! Noble, esciente,
garrida, honesta é placiente...!
Meresciera una corona.
Garabito. Pues nada pondero.
Enrique. Aína
faz el encomio que dud
si con él similitud
habrá la dama.
Garabito. Es divina.
Enrique. (*Aparte.* Sabrélo, en tanto que fablo
contigo mesmo, á socapa.)
(*A una señal de Enrique se hace en el foro una abertura pequeña, donde se ve el rostro de Dorotea.*)
¡A fé que es moza de chapa!
Garabito. ¿La ve usted? ¿Dónde?
Mira al fondo, y en lugar del rostro de Dorotea, se le aparece un feo mascaron. Garabito aparta la vista espantado.)
¡Huy! ¡qué diablo!
(*El busto de Dorotea vuelve á aparecer.*)
Enrique. Estrellas sus ojos son,
su semblanza toda un cielo.
Garabito. (*Aparte.* Capaz era ese mochuelo
de asustar á san Anton.)
Enrique. Ya es forzado que me nombre

captivo suyo.

Garabito. (*Aparte.* ¿Habrá visto
él lo que yo?

(*Vuelve á mirar, y aparece otra figura horrenda.*)

¡Jesucristo!
¿De qué se enamora este hombre?
(*Cúbrese la apariencia.*)

Enrique. Ora pues, al conde trato
befar; mas empeño es mio
que non partas man-vacío
de mí, cá non soy ingrato.
Tres cosas en tu magin
discurre, é dartelas hé.

Garabito. ¿Tres? Pensaré, pediré,
y no pecaré de ruin.
¡Tres deseos! Doy un susto
mañana á Madrid, lo espanto.
¡Jesus! ¡Si me ocurre tanto...!
¡Qué barbaridad! ¡qué gusto!
Ya el gozo me tiene chispo.
Adios, plomo; adios, pizarra.
De aqui he de salir, no marra,
lo que menos, arzobispo.
Tres cosas pedir intento,
con las cuales, ni al villano
envidie su cuerpo sano,
ni á la virtud su contento,
ni los deleites al rico
con que la suerte le adula.
Para contentar su gula
sudan esteva y pellico,
y el caudal de un pueblo entero
en un plato lo devora. (*Bosteza.*)
Un hambre me dá, que ahora
me tragaria un carnero.

(*Aparece en el aire un plato enorme con un carnero asado.*)

Enrique. Primer deseo complido.

Garabito. ¡Mentecato de mí! ¡Bruto!
Por un antojo sin fruto
mil ventajas he perdido.
¿A quien sino á mí le asalta

ese bestial pensamiento?
La cola para jumento
es solo lo que me falta.

Enrique. Dóitela pues.

(*Vuela el plato, y sálele á Garabito una cola de asno.*)

Garabito. ¡San Millan!
Hácia el fin del espinazo
he sentido un embarazo...
(*Viéndose la cola.*)
¡Pues cierto que estoy galan!
¡Cielos! ¿A quién el destino
con tanto rigor aqueja?
Ya me transfiguro en vieja,
ya me ingertan de pollino.
¿Qué he de hacer yo, Dios eterno,
con esta superfluidad?

Enrique. Quédate una volnntad.

Garabito. Vaya la cola al infierno.

(*Se abre un escotillon, por el cual asoma un diablillo, que arranca la cola á Garabito.*)

Enrique. Ya mi debda satisfiz.

Garabito. Y á poca costa.

Enrique. Magüer
complí, farete placer.
¿Qué cobdicias?

Garabito. Ser feliz.

Enrique. Aqueso sin mí lo has.
Agrádate de tu estado,
é cuéntate afortunado.

Garabito. Deseara yo ademas...

Enrique. ¿Dineros?

Garabito. Algunos.

Enrique. Esa
piedra es tuya.
(*Señálale un pedestal.*)

Garabito. ¡Gran tesoro!

Enrique. Cátala bien.
(*El pedestal se convierte en oro.*)

Garabito. ¡Cómo! ¿Es oro?

Enrique. Oro.

Garabito. ¿Y es mio?

Enrique. Sí,

Garabito. Pesa
mucho para que de aqui
pueda ni movella yo.

Enrique. ¿Levarla non puedes?

Garabito. No.

Enriqae. Ella, pues, lévete á tí.

(*El pedestal se lleva á Garabito.*)

ESCENA XIII.

DON ENRIQUE.

Espritos del aire, cual él de sotiles,
que al home enseñades, burlándole al par,
viandante yo agora por nuevos carriles,
atáñevos ende mi planta guiar.
Si el cuento á mis años me plugo alongar,
cobdicia me priso de honesto placer;
mi vida segunda comience á correr
veyendo mi pecho su afan alcanzado,
su afan sempiterno de ser bien pagado
de amante fermosa, é firme muger.

(*Se ha abierto el foro: una porcion de genios alados rodea á don Enrique; condúcenle á la abertura de donde salieron y le colocan en un carro aéreo que le saca del subterráneo.*)



ACTO SEGUNDO.

Decoracion de jardin magnífico. Dos pedestales á los lados y uno en el fondo: sobre cada uno de los primeros hay un jarron, sobre el último una esfinge. Bancos de piedra, asientos rústicos, &c.

ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE. GARABITO.

Gar. ¿Con que renuncia usted á la sorpresa
que al mundo causaria
revelando su nombre verdadero?
Bien hecho podrá ser; pero me pesa.
Enr. Me sobra con mi antigua nombradía;
solo felicidad es lo que quiero.
Gar. Nuestro secreto morirá conmigo,
aunque en hacerlo público tenia
el interes de parte y de testigo.
Enr. Un siglo no es bastante,
contando á maravilla por instante,
para gozar completo el portentoso
espectáculo nuevo
que á tu mano benéfica le debo.
Álzate del sepulcro tenebroso,
ruda generacion, cuya demencia
confundiendo el saber con los delitos,
á ceniza redujo mis escritos:
contempla de otra edad en la esperiencia
los magníficos frutos de la ciencia.
Cruza Colon las indomadas olas
del férvido Occeano,
y allá en un mundo incógnito su mano
pone audaz las banderas españolas;
abre á la ilustracion canal inmensa,
productora multíplice la prensa;

la cristalina lente,
por el cielo esplendente
siguiendo el giro de sus luces bellas,
avecina del suelo las estrellas;
y la mal disfrazada alegoría,
tímido ensayo de la pluma mia,
de interes, de verdad, de pompa ornada,
ya de puñal armada,
ya tomando la máscara risueña,
deleite ofrece á sentimiento y juicio,
y en ingeniosas fábulas enseña
respeto á la virtud, horror al vicio.
¡Siglo feliz, que con veloz progreso
ves á la perfeccion en todas partes
las costumbres correr, las ciencias y artes!

Gar. Pues á un decano váyanle con eso.
Mátenme si no jura por su vida
que solo allá, cuando su edad florida,
pudo haber en España cosa buena.

Enr. La vejez en su ciego rigorismo
ya de placer agena,
todo lo nuevo con afan condena.
Dura, desmemoriada, intolerante,
siempre será lo mismo
que antes y en tiempo de don Juan Segundo,
mientras existan Juanes en el mundo.
Sabe mas en el dia un estudiante
á los seis años que lecciones toma,
que (fuera de la mágia, por supuesto)
yo cuando preparaba mi redoma.

Gar. Y por mas que prediquen, algo es esto.

Enr. Una fregona de hoy cuando se aliña,
manto luce y basquiña
que, aunque no soy en la materia ducho,
creo que codiciádolos hubiera
la marquesa mi esposa, que Dios haya.

Gar. Y digan lo que quieran, esto es mucho.

Enr. Mengua el delito y se le tiene á raya;
no tan ceñuda ya ni tan austera,
la virtud se reviste de dulzura;
y ocupando su puesto la hermosura,
la hace el hombre de esclava, compañera.

La guerra, vuelta la morisca prole
al árido confin que orígen dióle,
menos bárbara es ya, menos impía.

Gar. No nos falta materia para lloros;
tudesquitos tenemos todavía,
que hacen mas daño que si fueran moros.
¿Cómo no echa usted mano de sus untos,
y á rebeldes y aliados, todos juntos,
no los coge y estrella de un porrazo
en la cumbre del monte Chimborazo?

Enr. Ya la suerte del trono don Felipe
dejó en Villaviciosa decidida:
nube será que leve se disipe,
la furia de la hueste fratricida.
Próxima está la paz, y la campaña
tenido hubiera duracion mas corta,
si no fuese destino de la España
no conocer jamas lo que le importa.
Esta mi suerte fue tambien un dia,
y me costó el error perder estado,
y honra y felicidad. Escarmentado,
vuelvo por fin á la segura via;
y en el presente empeño,
la postrimera vez será sin duda
que á mis recursos mágicos acuda.
De numerosas posesiones dueño,
donde practique la virtud sin brillo;
retirado tal vez en un castillo,
en la corte tal vez, y en esta aldea,
desconocido viviré en reposo,
felicísimo esposo
de mi dulce y hermosa Dorotea.

Gar. ¡Qué ageno estará el conde
de la funcion que aqui se solemniza!
¿Cómo ha de imaginarse, ni por dónde,
que la boda que en falso preparaba,
usted la realiza,
tomando su figura, nombre y trage?
Bramando de corage,
vagará por Madrid, buscando el coche
que llevó á ustedes á casarse anoche.

Enr. Castigo merecieran mas severo

que usurparle la dama, sus deslices.

Gar. Díganlo mis costillas infelices.
Mas todavia desquitarme espero.

Enr. Desecha pensamientos inhumanos:
vengarse es el placer de los villanos.

Gar. Esa razon me favorece al doble:
ni el conde muestra ser, ni yo soy noble.

Enr. Culparán en la sala mi tardanza
los convidados ya. Toma: te dejo
mi talisman, mi poderoso anillo,
que te dará completa semejanza
con don Laín...

Gar. El traducirme en viejo
no me divierte, vamos.
Que usted se cambie en otro es muy sencillo,
porque no es un adónis que digamos;
pero yo...

Enr. En mí ¿qué ves?

Gar. Reproducido
miro al conde que causa mis enojos.

Enr. Pues yo solo he mudado de vestido:
la ilusion no está en mi, sino en tus ojos;
y asi, sin que en tu ser mudanza se haga...

Gar. Si es usted el mismísimo Viznaga.

Enr. Te lo parece; pero visto fuera
de la mágica esfera,
igual se presentara mi persona,
que allá al resucitar en Barahona.

Gar. ¡Buena igualdad, por Dios! Cuando una dama
con usted se desposa, persuadida
de que es el conde á quien amante llama,
¿puede una cara haber mas parecida?
¿Cabe mas fiel traslado?
Larguirucho, delgado,
un poco saltarin, el pelo en roscas...
(*Don Enrique se rie.*)

Enr. Aleja al mayordomo si llegare.

Gar. De buena gana; pero usted repare....

Enr. A Dios. (*Vase.*)

Gar. Hecho me deja un papamoscas.

ESCENA II.

GARABITO.

¿Y porque yo me adorne mi meñique
con este anillo, de tan mala vista,
que no diera por él un diamantista
para tres cuarterones de alfeñique,
sin mudar ni una pinta mi pellejo,
me han de trocar con don Lain Cornejo?
Me parece que en esto don Enrique,
mal que le pese á su prudencia toda,
discurrió.... como novio en tornaboda.
Un farolon apuesto de rosario
á que si un tocador tuviera enfrente,
ni un pelo me veia diferente.

(*Diciendo esto se coloca delante del pedestal de la izquierda, que se convierte en un espejo donde aparece don Lain de cara: el pedestal de la derecha le representa de espaldas.*)

¡Válgame San Macario!
¿No es aquel el vejete estrafalario,
de Pascuala dignísimo pariente?
¡Calle! ¡y me copia cada movimiento!
¿Me hace usted burla? Cuenta, no le tire
por la caricatura,
un guijarro á los dientes.—¡Qué jumento!
Dice bien el marques: si es la figura
que en mí tiene que ver el que me mire.

(*Adelántase un poco hácia el proscenio, y desaparece la imagen de don Lain en ambos espejos.*)

¡Semejanza cabal es la que tomo,
por cierto, con el rancio mayordomo!

(*Retrocede, y vuelve á verse la figura de don Lain en los dos espejos.*)

¡Y tengo aquí á Pascuala,
que ha venido á la boda de su amiga!
De su traicion el cielo la castiga.
Para vengarme, la ocasion no es mala.
Estaba de tus ojos escondido
porque no peligrase la tramoya;
mas ya, infiel, que remedo á tu marido....

Juro acatar tus vínculos legales;
pero donde te pesque.... Allí arde Troya.

(*Vuélvese de cara al pedestal de la derecha, y se ve en él de frente á don Lain.*)

Mis manos conyugales,
en tus lomos haciendo fiera riza,
vengarán tu traicion y mi paliza,
leccion que enseñe á toda bonetera
á no engañar al hombre que la quiera.—
Veamos en el ínterin si encuentro
por allá á don Lain.—Hételo dentro.

(*Asoma don Lain por el fondo, y se cierran los pedestales.*)

ESCENA III.

DON LAIN.—GARABITO.

Lain. (*Aparte.* A esta quinta se ha encaminado, segun me dicen, el carruage de Dorotea. Preguntemos.) Guarde Dios á V., camarada.

Garabito. Servidor, hidalgo.

Lain. ¿Pudiera V. decirme si ha visto pasar un coche por estas inmediaciones?

Garabito. Una docena de ellos pararon aquí á mediodia.

Lain. Pues no tiene traza de meson este edificio.

Garabito. Yo lo creo: es el palacio del señor conde de la Viznaga.

Lain. ¡Del señor conde de....! ¿A quién dice V. que pertenece esta finca?

Garabito. Dale. Al conde de la Viznaga.

Lain. ¿Sabe V. que habla con quien tiene en la uña todas las posesiones del señor conde?

Garabito. Pues esta se ha escapado de sus uñas de V., amigo.

Lain. Sin duda es compra muy reciente de su señoría; tan reciente acaso, que todavía no la habrá visto.

Garabito. Señor..... cuando come hoy aquí...... me parece.....

Lain. ¿Aquí está el señor conde?

Garabito. Hombre, V. se admira de todo. ¿Qué tiene de particular que un conde coma en su casa?

Lain. Maldito; y tampoco lo tendrá que participe yo de su mesa. Con permiso de V., mi dueño.
Garabito. ¿Adonde va V. tan diligente?
Lain. A ver á mi amo.
Garabito. ¿V. sirve al conde de la Viznaga?
Lain. ¡Bueno seria que me lo quisiera V. disputar!
Garabito. Yo conozco á todos los dependientes de su señoría, y jamas he tenido el poco envidiable gusto de mirar ese coramvobis de farisco.
Lain. ¿Si querrá V. conocer á los criados del conde mejor que yo?
Garabito. ¿Pues quién es V. para conocerlos?
Lain. Su mayordomo.
Garabito. ¿Su mayordomo?
Lain. Sí señor, don Lain Cornejo.
Garabito. ¿Sabe V. que voy sintiendo una comezon irresistible de cargarle á V. de leña? (*Toma de un banco un palo.*)
Lain. Haga V. por resistir la tentacion, á lo menos hasta que yo sepa la causa.
Garabito. ¿V. se atreve á usurpar el nombre de Lain Cornejo, vinculacion de mi familia?
Lain. Yo no usurpo nada á nadie: ese nombre lo he llevado yo desde el dia de mi bateo.
Garabito. Mi opinion en este particular, es enteramente contraria, y va V. á probar el peso de mis argumentos. (*Alza el palo.*)
Lain. Permítame V. le diga que esa lógica fulminante, podrá dejarme sin costillas; pero no sin mi nombre.
Garabito. Yo tengo en la mano los medios de convencer á V. de su error.
Lain. ¿Pero hombre, que le importa á V. que yo me llame don Lain, ó Periquito Fernandez?
Garabito. Sepa V., para que se confunda, que quien se llama Lain Cornejo, quien es mayordomo del señor conde de la Viznaga, soy yo.
Lain. ¿Usted? ¿Está V. seguro de ello?
Garabito. ¿Quién sino yo há diez años que reduce á la mitad las rentas del conde? ¿Quien le arruina y le presta á cincuenta por ciento el mismo dinero que le desfalca? ¿Quién le induce á que pase la vida entre banquetes, amoríos y jugadores, para que sus

gastos se aumenten y no repare en las cuentas?

Lain. ¡Dios de Israel! Si este hombre no es don Lain, ¿cómo sabe tanto? Sobre que ya voy teniendo dudas.... Y en verdad, ahora que reparo en él, que se parece á mí como se parecen dos cosas cuando son iguales. Con todo, yo creo que yo soy yo, soy Lain todavía.

Garabito. La prueba. ¿Conoce V. á un gallardo mozo, cuya fama vuela por las ventanas de la corte, llamado Garabito?

Lain. Sí señor que le conozco. ¿Y qué?

Garabito. ¿Y quién es ese hombre?

Lain. Un majadero de á folio.

Garabito. No preste V. á nadie cualidades propias: yo hablaba de su egercicio.

Lain. Es vidriero.... y torpe, y carero y descortés.

Garabito. V. parece de su oficio segun le elogia. ¿Qué ha trabajado para el conde?

Lain. Valor de ochenta pesos, que le han sido pagados con ochenta palos á propuesta mia, y en virtud de decreto verbal del conde.

Garabito. ¡Oiga! Y ¿qué ha hecho V. de la novia del susodicho?

Lain. Mi muger.

Garabito. Y con respecto á él, ¿se ha encargado V. siquiera de algun negociado?

Lain De enviarle á ganar un curso de rebenque bajo la direccion de un cómitre de buenos humos.

Garabito. ¿Sí, eh?—Viejo canalla, recibe el premio de tus bellaquerias. (*Le apalea.*)

Lain. ¡Ay ay! ¡Favor! ¿No hay quien me socorra? Aqui me refugio. (*Súbese al pedestal de la esfinge, la cual le echa al cuello una guirnalda que tiene en las manos, y le sujeta.*) ¡Dios mio! ¡Hasta los bultos de piedra se levantan contra un pobre mayordomo! ¡Piedad! ¡Misericordia! Por nuestra señora del Fresno, por el señor atado á la columna....

Garabito. Es usted don Lain todavía?

Lain. No señor, ya no soy mas que un hombre molido á palos. (*Bájase.*) Sus argumentos de V. me han hecho conocer que me he equivocado de nombre hasta el dia de la fecha.

Garabito. ¿Volverá V. á usar el mio?
Lain. No señor, á fé de Laín Cornejo.
García. Pícaro, toma, para que tengas memoria.
Lain. San Dimas, favorecedme. (*Huye.*)

ESCENA IV.

PASCUALA.—GARABITO.

Pascuala. ¡Qué alboroto! Yo sin duda
que os mataban me creí.
Garabito. ¿Y te hace salir aqui
la gana de verte viuda?
ascuala. Desatender es mejor
á quien en locuras da.
¿Teneis acaso hecho ya
testamento á mi favor?
¿Y cómo es que habeis venido
aqui contra mi mandato?
Cuando de esparcirme trato,
lejos de mí mi marido.
Lo tengo dicho mil veces.
Garabito. Yo lo escucho la primera.
Pascuala. Os faltaba la sordera,
tras tantas ridiculeces.
Garabito. (*Aparte.* Para enfilar una riña,
se va preparando bien.)
Y dígame usted: ¿á quién
se figura que habla, niña?
Pascuala. Al hombre que se obligó
con toda formalidad
á no tener voluntad,
porque le sufriera yo.
Garabito. No consiento que me roben
mis derechos maritales.
Pascuala. Teneis setenta cabales,
y habeis casado con jóven.
Por eso, vuestro deber
es contemplar mis antojos,
y adivinar en mis ojos
indicios de mi querer.
Solamente puedo así
no echar menos los amantes

que me pretendieron antes
que os acordarais de mí,
y me amaban con pasion,
y siempre me obedecieron,
y solo pintado vieron
á don Pedro Calderon.

Garabito. ¡A un hombre de mi calibre
decir desvergüenza tal!

Pascuala. ¡Eh! déjeme el carcamal
hoy de su presencia libre.

Garabito. Tú te propones hacerme
que te mida las espaldas.

Pascuala. Guardad respeto á las faldas:
no desperteis á quien duerme.
Mirad que diré clarito,
porque á Lucifer os deis,
que ni besar mereceis
donde pise Garabito.

Garabito. ¡Qué oigo!

Pascuala. Es un bobalicon,
á quien no estuviera mal
ir atado de un ramal,
á beber en un pilon;
pero á una muger la esponja
mucho el mimo y el regalo;
y él por mí...

Garabito. (*Aparte:* ¡Dé usted un palo
despues de tanta lisonja!)

Pascuala. Siempre un mozo es muy distinto
de un viejo.

Garabito. ¿Con que en resúmen..?

Pascuala. Me agradaba su chirumen,
mas que vos, con tercio y quinto.

Garabito. ¡Qué es lo que oigo! ¡Voto á chápiro!
Y despues del casamiento,
¿va por ventura en aumento
la aficioncilla al gaznápiro?

Pascuala. ¿Y qué tuviera de exótico,
si en vuestro genio ridículo
halla natural vehículo
todo capricho estrambótico?
De gruñir á troche y moche

no parais en todo el dia,
y á Garabito veia
mas rendido cada noche.
Desde que en vos el autor
miro de su zarandeo,
ha subido vuestro feo
á la línea del horror.
¡Pobrecillo!

Garabito. Sí, vindícalo,
y á tu podrigorio, béfalo;
que es...

Pascuala. Un huron.

Garabito. Un cernícalo.

Pascuala. Un avestruz.

Garabito. Un bucéfalo.
(*Aparte.* ¡Qué tarde mi amor se aprecia
tan fino, puro y brillante
como punta de diamante,
como cristal de Venecia!)
Milagro del Lavapies,
buhardillero serafin,
no mires á don Laín
en el botarga que ves;
mira á una persona ambigua,
que une con prodigio nuevo
un corazon de mancebo,
y una cara de estantigua;
y aunque tu razon no entienda
de mi discurso el busilis,
pónle diques á la bilis,
suelta al cariño la rienda,
y halle en tus brazos hermosos
mi mal su dulce específico.

Pascuala. Proseguid, que va magnífico:
asi han de ser los esposos;
y aseguro por mi honor,
que jamas os escuché
ponderarme vuestra fé
con tono tan seductor.

Garabito. En esa mano mi boca
temple del pecho la fragua.

Pascuala. Tomadla.

Garabito. (*Aparte.* Soy hombre al agua,
si me hace alguna caroca.)
Pascuala. Contenta de vos estoy.
Por el abrazo llegad;
es el primero en verdad
que de buena gana os doy.
Garabito. (*Aparte.* Muger del prógimo es,
si es prógimo quien me zurra;
pero es tan mona... tan curra...)
Pascuala. ¿Os disgusto?
Garabito. ¡Ay! al reves.
Pascuala. ¿Qué decís entre vos?
Garabito. Rezo,
y digo...
Pascuala. ¿Qué?
Garabito. Que tú eres,
entre todas las mugeres,
de mi virtud el tropiezo.
Pascuala. Antes la virtud se paga
del cariño que os esplico.
Garabito. (*Aparte.* Si no la convierto en mico,
mi resolucion naufraga.)
Pascuala. ¿Con que un desaire...?
Garabito. ¿Qué dices?
Pascuala. Que hubiera sido insultarme,
rogar primero y dejarme
con un palmo de narices.
Garabito. Eso, diablo tentador,
(*Asiendo el palo y amenazándola.*)
tendrás.
Pascuala. ¡A mí tal injuria!
Garabito. Huye.
Pascuala. ¡Dios mio! ¡qué furia!
Garabito. Huye.
Pascuala. ¡Socorro! ¡Favor!
Garabito. Pierda ese rostro, depósito
de fuego de amor volcánico,
pierda su influjo satánico,
no sucumba mi propósito.
Pascuala. ¡Socorro!
Garabito. Nadie te salva.
Pascuala. ¿No hay quien á librarme acuda?

Garabito. La ocasion es peliaguda;
pero yo la quiero calva.

(*Pascuala huyendo de Garabito, pasa por detras de un pedestal. Garabito la ase del cabello que se le queda en la mano, y la fugitiva cruza el teatro calva, con una nariz enorme, y vestida de dueña.*)

Pascuala. ¡Ay, ay, ay! (*Vase.*)
Garabito. Aseguré
mi virtud, he sido un santo:
no supo hacer otro tanto
el castísimo José. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON RAMON. DON GASPAR. DON ENRIQUE. DOROTEA. SEÑORAS. CABALLEROS. CRIADOS.

Gaspar. (*Dentro*) Afuera: síganme ustedes
al jardin.
(*Voces dentro.*) Al jardin.
Gaspar. (*Dentro.*) Ea,
dame ese brazo, Matea.
Tú, Ramon, á la Mercedes. (*Salen.*)
Ramon. Con tiento, Gaspar, con tiento;
que era muy fuerte el Jerez.
Gaspar. Perdonen por esta vez
las leyes del miramiento.
Ayer sin maravedi,
y hoy bien repleto el bolsillo
con la paga del castillo
que á nuestro amigo vendí,
justo es que bebiendo invoque
al númen de la alegría,
pues no hay boda sin orgía,
ni venta sin alboroque.
Enrique. Diles á esos aldeanos, (*A un criado.*)
si nos quieren obsequiar,
que vengan aquí á bailar.
Gaspar. ¿Hay dancita de villanos?
Pues si me cansan, á fe
que desenvaine el acero,
y los arroje......
Ramon. Primero

es que te tengas en pie.
Enrique. ¿Nada me dice mi hermosa
Dorotea. ¿No revela mi placer
esta frente ruborosa?
¿No ves en tu tierna esposa
la mas felice muger?
Enrique. Miro en tus ojos lucir
ternura y felicidad;
mas quiere mi vanidad
ufanarse con oir
tan lisongera verdad.
Dorotea. Yo pidiera en premio justo
de esa verdad lisonjera
que mi esposo me dijera
el orígen del disgusto,
que á veces su rostro altera.
Enrique. ¿Disgusto notas en mí?
Dorotea. Duda, inquietud.... qué sé yo?
Enrique. No: tu amor se alucinó.
Dorotea. Me ha sonado como *sí*
el acento de ese *no*.
¿Estás pesaroso ya
de haber hecho mi ventura?
¡Oh! mira que te amará
esta humilde criatura....
cual no se estila quizá.
Pues de lo que llego á ver
en mil casadas, colijo
que no suelen entender
un importante acertijo
que yo quiero resolver.
Pocas lágrimas derrama
por conyugales traiciones
muger que de veras ama,
si sabe seguir de dama
despues de las bendiciones.
Podrás responder esquivo
tal vez á mi fino amor;
mas no en mi labio festivo
sonará el acento vivo
del enojo y del dolor;
que á fuerza de desplegar

mis halagos y artería,
en tí volveré á mandar,
y un año has de suspirar,
si me olvidas solo un dia.

Enrique. En prueba de ese poder
que no puedo resistir....

Dorotea. Me vas al punto á decir
lo que anhelo por saber,
aunque lo haya de sentir.

Enrique. Me acosa un triste desvelo.

Dorotea. ¿Qué es lo que te sobresalta?

Enrique. ¡Será tal mi desconsuelo,
si un dia tu amor me falta!

Dorotea. Faltárale el sol al cielo.

Enrique. Puedo perder mis blasones.....

Dorotea. ¡La pérdida es de llorar!

Enrique. Puede mi suerte cambiar,
y aun en otras mis facciones
se pudieran transformar.

Dorotea. ¡Qué temores tan estraños!
comunes á todos son
tales mudanzas y daños:
en mí verás con los años
la misma transformacion.

Enrique. Si mi nombre ó mi figura
fuese lo que en mí te agrada....

Dorotea. El nombre me importa nada,
y en materia de hermosura,
no te cupo demasiada.
No te ofenda la franqueza
de un cariño verdadero:
lo que yo en mi esposo quiero
no es fausto, ni gentileza,
ni títulos, ni dinero:
quien merece mi aficion,
no es el señor, sino el hombre
que me hace de su alma don:
quiero en él su corazon,
y allí no hay rostro ni nombre.

Enrique. Cesaron, ídolo mio,
mis amargas inquietudes;
á la suerte desafio,

pues tengo con tus virtudes
sujeto su poderío.
Dicha en la ciencia busqué,
y en la gloria y los honores:
¡ay! ¡cuanto me equivoqué!
La hiel de los sinsabores
en copa de oro apuré.
Que no es dichoso en la tierra
quien entre muros sombríos
montones de plata encierra,
ni quien vierte sangre á rios
en los campos de la guerra,
ni quien á fuerza de dar
tormento al sabio discurso,
logró poder señalar
á las estrellas el curso
que en el cielo han de llevar.
Amor es el bien mayor
que en esta oscura morada
le dió al hombre su Hacedor,
que le formó de la nada
por un impulso de amor.

Dorotea. ¡Cuenta luego no imagines
que este bien muy débil es,
y á buscar otro te inclines!

Enrique. ¡Yo! *(Tomándole una mano.)*

Dorotea. Vienen los bailarines.

Enrique. ¿Piensas.....?

Dorotea. Veremos despues.

ESCENA VI.

UN CRIADO. BAILARINES. ALDEANOS.—*Dichos. (Los recien-venidos saludan á los novios: las damas y los caballeros se sientan para ver el baile. Acabado este, el criado entrega á un aldeano una bolsa de dinero que le ha dado don Enrique.)*

El criado. Esto el señor os regala.
Tomad.

El aldeano. ¡Que vivan los amos!

Todos los aldeanos. Vivan.

El aldeano. Venid y partamos.

El criado. (*A Dorotea.*) Señora, ya está en la sala
el refresco.
Enrique. Vamos.
Todos. Vamos.

Entrada de un lugar.

ESCENA VII.

EL CONDE. DON LAÍN.

Conde. Repito que estás beodo.
Laín. Juro por treinta millares
de demonios, que siquiera
he...
Conde. Procura serenarte,
y dime...
Laín. ¿Qué?
Conde. La verdad.
Laín. Pero ¿cómo? ¿sin disfraces,
ó callando lo que á usted
pudiera desagradarle?
Conde. Lo que te haya sucedido
quiero saber.
Laín. Adelante.
Pregúnteme usted.
Conde. Anoche,
al punto que averiguaste
la fuga de Dorotea,
te encargué que la buscases
por aqui, mientras que yo
recorria otros lugares.
¿Qué fue lo que hiciste luego
que de mí te separaste?
Laín. Renegar de usted cien veces,
y de su encargo.
Conde. ¡Vergante!
Laín. ¿Incomodo por sincero?
Mentiré: nada mas fácil.
Conde. ¡Buen ánimo de servirme!
Y por esos andurriales,
¿qué te pasó?

Laín. Andar á oscuras
hasta que el alba asomase.
Conde. ¿Y qué mas?
Laín. Tener un miedo...
colosal, inmensurable.
Conde. Ya: siempre fuiste un gallina.
Laín. Caprichos con que uno nace.
A usted le gusta esponer
su pellejo; á mí guardarme.
Conde. Supiste qué direccion
tomó con su carruage
la prófuga, y á esa quinta
cercana te encaminaste.
Laín. Pues: me colé en los jardines,
sin que me tosiera nadie,
hasta qne tuve un encuentro
fatal entre los fatales.
Conde. ¿Con quién?
Laín. Con un hombre, con
una entidad improbable,
inverosímil, absurda;
pero que existe no obstante.
Con un don Laín Cornejo,
con otro yo, que mas sabe
de negocios mios, que este
yo que tiene usted delante.
Conde. ¿A mí te vienes ahora
con simplezas semejantes?
Laín. Señor, si es la verdad pura.
Yo que pensaba ignorante
que era un solo don Laín,
original incopiable,
retruécano de Quevedo,
incapaz de trasladarse,
me ví en el jardin aquel
partido en dos ejemplares,
oracion de dos personas,
la que padece y la que hace.
Conde. Barrabás que te comprenda.
Pero ve diciendo: ¿entraste?
Laín. ¿Entrar? ni pisé siquiera
del palacio los umbrales.

Conde. ¿Por qué no?
Laín. Porque intervino
un garrote en aquel lance,
que me hizo ver las estrellas
á la mitad de la tarde.
Conde. ¿Con que te han apaleado,
Laín?
Laín. ¿Pero cómo? en grande.
Conde. ¿Y quién?
Laín. Yo.
Conde. ¿Tú?
Laín. Sí señor.
Conde. ¿Tú á tí mismo te zurraste?
Laín. Distingo: *yo* zurró á *mí*;
al *yo* antiguo el *yo* flamante,
que segun sienta costuras,
parece oficial de sastre.
Conde. Cargue el infierno contigo.
Y de Dorotea ¿hallaste
razon? ¿la viste?
Laín. No he visto
sino la vara.
Conde. ¿Qué diantres
has hecho entonces?
Laín. Yo, nada.
Dejar que me apaleasen
por servir á usted.
Conde. Si á alguno
la sarta de vaciedades
le has encajado que á mí,
poco era descuartizarte.—
¿Qué miro? ¿No es Dorotea
quien viene aqui?
Laín. No hay escape.
Ella es... digo, si no hay otra
con quien pueda equivocarse.

ESCENA IX.

DOROTEA, ALDEANOS.—*Dichos.*

Aldeano. Venga usted, verá el lugar.

Tiene reló, dos alcaldes,
y botica, y una fuente
de un agua muy saludable,
cuando mana.

Conde. ¡Dorotea!

Dorotea. ¡Tú por aquí! Vienes antes
de lo que yo me pensé.

Conde. ¡Hola! ¿Con que no dudaste
que te hallaria?

Dorotea. No tal:
tu deber era buscarme.
Quedamos en eso.

Conde. ¡Y qué!
¿debí esperar encontrarte
aqui? ¿Para qué viniste?
¿Quiénes son esos patanes
que te acompañan?

Dorotea. (*En voz baja al conde.*) ¿No ves
cómo debiste escucharme
cuando te pedí en la mesa
que ya la copa dejases?

Conde. ¡Cómo!

Dorotea. Mira, vuelve á casa.

Conde. Gracias por el hospedage;
pero ¿dónde vive usted?

Dorotea. Me figuré al desposarme,
que era la de mi marido
mi casa.

Conde. Como ese enlace
lo ignoraba yo...

Dorotea. Pues es
ignorancia bien notable
para un casado de anoche.
Tu memoria es harto frágil.

Conde. ¡Yo estoy casado contigo!

Dorotea. ¿Será preciso que mande
á Madrid por la partida
de matrimonio?
(*A los aldeanos.*) Dejadme.

Conde. Laín ¿qué dices?

Laín. Que sea
con muchas felicidades.

Conde. Dorotea, va tomando
giro tan estravagante
nuestro diálogo, que dudo
cómo contigo esplicarme:
si me queje... si me olvide...
Dorotea. ¿No has olvidado bastante?
Conde. Dime: á estas horas ayer...
á tí y á la que de madre
te sirve, ¿qué dije yo?
Dorotea. Que aspirabas á casarte
conmigo...
Laín. (*Aparte.* Pues: mintió mi amo,
y en mí la pena recae.)
Dorotea. Que querias en secreto
verificar nuestro enlace
en un castillo á la raya
de Portugal; que al instante
para salir de Madrid
dispusiese mi equipage...
Te dí las gracias.
Conde. Y yo..
Dorotea. A poco, te retiraste.
Conde. Para volver en tu busca.
Dorotea. Y volviste, mas amante
y tierno que nunca.
Conde. Pero...
Dorotea. Con Mercedes y su padre...
Conde. ¿Yo?
Dorotea. Y entonces me dijiste
que no era ya nuestro viage
al castillo, sino aqui;
y que nuestros esponsales
se anticipaban... Parece
que oyes unas novedades
estrañas, segun se pinta
la sorpresa en tu semblante.
Conde. Prosigue esa relacion.
Prosigue, que no es en balde.
Dorotea. ¿Pues no te acuerdas?
Conde. De nada.
Dorotea. ¿Padeces algun achaque
para...?

Conde. Sí. (*Aparte.* Celos, furores.)
Dorotea. (*Aparte.* Si es un capricho, sigámosle.
Si es distraccion, pasará.)
Laín. (*Aparte.* ¿Habrá habido dos galanes,
como hay dobles mayordomos?)
Conde. Haz que mi ansiedad acabe.
Dí. Sigue.
Dorotea. En cuatro palabras
está contado el pasage.
Marchamos á la parroquia...
Alli, puedo asegurarte,
que no sé qué me pasó.
Mi felicidad tan grande,
mi mérito tan humilde,
tu nobleza, los desaires
con que un dia recelosa
hice de tu amor exámen...
¡Oh! mil recuerdos á un tiempo
con repetidos ataques
el corazon asaltaban.
solo por tí palpitante.
Conde. Al hecho sin digresiones.
Dorotea. ¿Te incomoda este lenguaje?
Conde. No. (*Aparte.* Yo rabio.)
Dorotea. Desde alli,
con nuestros acompañantes
fuimos...
Conde. ¿A dónde?
Dorotea. A tu casa.
Laín. No era hora de pasearse,
sino de tomar los dulces...
Conde. ¿Quieres callar, badulaque?
Dorotea. Sobre cena se trató
de venir á este parage
á divertirnos, saliendo
muy de madrugada...
Conde. (*Aparte.* Casi
creo que se ha vuelto loca.)
Dorotea. Lo demas...
Laín. Está al alcance
de cualquiera: se retiran,
tras mil importunidades,

convidados y padrinos,
el teniente y el sochantre...

Conde. Y quedamos...

Dorotea. Con mi abuela.
Lloraba la pobre á mares
de alegría, y me abrazaba...
y tú tambien me abrazaste.

Conde. Y tú...

Dorotea. Porque no creyeras
que era ingrata á tus bondades...

Conde. ¿Ceñiste mi cuello?

Dorotea. Gracias
á Dios, que al fin te acordaste
de algo.

Conde. ¡Infeliz! ó me vendes,
ó te ha engañado un infame.

Dorotea. ¡Conde!

Conde. Algun vil impostor,
con incomprensibles artes,
ha conseguido sin duda
burlar de mi amor los planes.
Ni anoche te hablé, ni tengo
por aqui mis heredades,
ni soy tu esposo.

Dorotea. Esa farsa,
señor conde, ¿qué carácter
tiene?

Conde. Terrible, señora,
porque ha de acabar con sangre.
Mi amor, si al principio niño,
creció entre dificultades,
y elévase con los celos
amenazador gigante.
Ven á la quinta conmigo,
ven y á mi rival señálame,
señálame el pecho vil
donde este acero se clave.

Dorotea. Basta, hombre pérfido, basta:
no mas en fingir te canses;
con tus iras, que no creo,
tu intencion me revelaste.
Ya te comprendo: deseas

de tu lado separarme,
porque mi amor te parece
afrenta de tu linage.
Yo te debí conocer:
bien es que mi yerro pague.
Serás servido: ya nunca
te veré.

Conde. Escúchame.

Dorotea. Apártate.

Conde. No.

Laín. Señora.

Dorotea. No me sigas,
que me eres insoportable. (*Yéndose.*)

Conde. No me desvío de tí,
hasta que logre vengarme.
(*Siguiendo á Dorotea.*)

ESCENA X.

GARABITO (*con un trage de disfraz.*)—EL CONDE. DON LAÍN.

Conde. ¡Cielos! ¿quién pára mi planta?

Garabito. (*Saliendo.*) Mi poder incontrastable.

(*Queda el conde encerrado en una jaula puesta sobre un carricoche, del cual tira don Laín, llevándole Garabito del diestro.*)

Conde. Por mas que lucho...

Garabito. Es en vano.
(*A don Laín.*) Arre, borriquito, arre.

Gabinete diabólico.

ESCENA XI.

ALMA DE CÁNTARO, PÁJARO PINTO. EL SECRETARIO. DIABLOS. BRUJOS.

Los diablos. (*Al secretario.*) Bien venido, bien venido.

Alma de cántaro. Señor ex-secretario, recibid mi.... mi... Apuntad, Pájaro-Pinto.

Pájaro-Pinto. (*Bajo.*) Mi enhorabuena.
Alma de cántaro. Admitid mi enhorabuena.
Secretario. No hay de qué, señores: maldito el deseo que tenia yo de venir aqui tan pronto.
Alma de cántaro. Todos los ex-vivientes que bajan acá, dan en decir lo mismo. Que entre la demas garulla de... de...
Pájaro-Pinto. De brujos.
Secretario. ¡Qué veo! ¿Se han citado aqui todos los miembros de la sociedad mágica disuelta?
Brujo 1.º (*Saliendo.*) ¡Venganza contra mi boticario!
Brujo 2.º ¡Venganza contra mi suegra!
Brujo 1.º Trocó mi pócima con la de mi mula.
Brujo 2.º Me habló de testamento, para que me muriera de susto.
Alma de cántaro. No hay que acusar á suegras, ni á boticarios de...
Pájaro-Pinto. (*Bajo.*) De ese flaco servicio.
Alma de cántaro. De que hayan hecho su oficio.—Nosotros debemos el gusto de teneros hoy en nuestras garras...
Pájaro-Pinto. Quiere decir, en nuestra dulce compañia...
Alma de cántaro. Eso es... A un personage á quien todos vosotros debeis consideracion... y respeto, y...
Pájaro-Pinto. (*Bajo.*) Basta.
Alma de cántaro. Y basta.
Brujos. ¿Quién es? ¿quién es?
Alma de cántaro. Escuchadme. (*Rodéanle los brujos, y él les habla en voz baja.*)
Secretario. (*A Pájaro-Pinto.*) ¿Me podreis decir cómo se llama el fecundo orador á quien servís de consueta?
Pájaro-Pinto. Alma de cántaro es su nombre.
Secretario. Me parece muy bien aplicado.
Pájaro-Pinto. Es el primer ministro tonto que hubo en España.
Secretario. De antiguo datará S. E.
Pájaro-Pinto. No menos que desde el rey Ataulfo. Se le confió la direccion de los infiernos peninsulares, porque para ser azote de la humanidad, menos á

propósito es un diablo, que un necio con poder absoluto.

Brujos. ¿El marques de Villena?

Alma de cántaro. Pues. (*Aparte á él.* Ayudádme, Pájaro-Pinto.) El marques de Villena.... resentido con vuesarcedes.... cuando supo sus proezas... y deseoso de hacer en España una... una limpia que le pareció... asi... conveniente...

Pájaro-Pinto. Envió á cada uno de los ex-profesores de mágia un don de su mano...

Alma de cántaro. Un tabardillo, un torozon, un encuentro con los héroes del archiduque, &c., &c., &c.

Brujos. ¡Venganza! ¡Guerra al marques de Villena!

Alma de cántaro. A los cesantes, es decir, á los muertos, no se usa aqui concederles licencia para perseguir á los vivos, sino solamente cuando los susodichos muertos pueden ser instrumento de algunos vivos irritados contra aquellos otros vivos, de quienes solicitan vengarse los muertos.

Secretario. Siendo nuestro contrario marques, siendo poderoso, ¿no ha de tener un enemigo

Alma de cántaro. Pues no tiene uno.

Brujos. ¡Oh furor!

Secretario. ¿Es posible?

Alma de cántaro. Muy posible, porque son dos, y dos... ya se ve... no es uno. Me parece que me esplico.

Secretario. Como un alma de cántaro.

Alma de cántaro. Yo, en atencion á nuestros antiguos vínculos, quiero dignarme de permitiros ausiliar el resentimiento de esos dos personages. Importa que conozcais al que legalmente se halla mas ofendido, que es al que le han traspapelado su muger. Acaba de acostarse en una posada: vendrá dormido, y creerá que es un sueño cuanto aqui le pase. ¡Hola!

ESCENA XII.

DON LAÍN (*que baja acostado en una cama*).—*Dichos.*

Alma de cántaro. Ya le tenemos en casa.

Lain. (*Soñando.*) Pascuala... Pascuala... Demonios...

cargad conmigo, si me decís dónde se halla.

Los diablos. (*Con una gran voz.*) Aceptamos. (*Truenos: las llamas rodean la cama: don Laín despierta y se levanta en camisa; los diablos le cercan.*)

Laín. ¿Qué me sucede? ¡Patrona, fuego! ¡Fuego!— ¡Huy! ¡qué visiones descubro! ¡Huy! ¡qué rabo tiene aquel! ¡Este, qué geta! ¡Ay! ¡qué feos son todos! ¿Dónde me encuentro?

Diablos. En los infiernos.

Laín. ¿Pues no estoy soñando que me he venido al infierno? Soñando estoy, porque no me he muerto todavía para hacer este viage. Vamos, son ilusiones.

Diablos. No, no, no.

Laín. Sí, sí, sí. (*Aparte.* Como no me mantenga tieso, me lo hacen creer, y me soplan en la caldera de los mayordomos con coche.)

Alma de cántaro. Desengáñate, mortal cabezudo. (*Se abre el telon del fondo y se ve lo que dice el dialogo.*) Mira alli la laguna Estigia, mira las orillas del Tártaro, mira la barca de Caronte.

Laín. ¡Calle! pues las señas son infernales, mortales, garrafales... ¡Ay! ¡qué angustias me asaltan! ¡Ay, que me van á pedir cuenta de mis embrollos! Yo desfallezco. Dejadme respirar un instante. (*Siéntase en un asiento redondo.*)

Alma de cántaro. ¿Quieres recobrar tu muger?

Laín. En ese caso no me habré muer... (*Gira el asiento á un lado.*) ¡Qué diablo de asiento!

Pájaro-Pinto. ¿Quieres vengarte del que te la ha ocultado?

Laín. Por supues... (*Gira el asiento á otro lado.*) Dale. Disimulen ustedes mi impolítica mientras no me den una silla de mas fundamento. (*Le vuelve de espaldas y él se levanta.*) Esto es una piedra de tahona. (*Levántase.*)

Pájaro-Pinto. Tu señor y tú, por vuestros méritos estraordinarios...

Alma de cántaro. Pues; por vuestros méritos patibularios...

Pájaro-Pinto. Habeis merecido nuestra proteccion.

Alma de cántaro. Sí; nuestra amistad poderosa.

Laín. Parece que el molino ha parado. (*Se sienta.*) ¿La

amistad de ustedes, eh? (*Aparte.* ¡Amistad de demonios!) Oh! Nos honra infinito. (*Se le hunde el asiento hasta el suelo.*) Adios, mi taburete. El que tengo ahora será mas estacionario. (*Quédase sentado en el suelo.*)

Alma de cántaro. Oye lo que hemos dispuesto en favor tuyo y del conde..

Lain. (*Sintiendo que le tocan en las espaldas.*) ¡Hola! respaldo tenemos. Siempre es una comodidad.

Alma de cántaro. Tu amo recibirá mañana el despacho de capitan al servicio del archiduque.

Lain. (*Viendo al cancerbero que le asoma una cabeza, ya por encima de un hombro, ya por encima de otro.*) ¿Eres tú, chuchito, monito, guardian de la casa? Continúe usted, que bien oigo.

Alma de cántaro. Mandará una compañía de bizarros tudescos. (*A los brujos.* Sereis vosotros.) Tendrá á sus órdenes el valiente oficial... (*Al secretario.* Sereis vos.) El denodado oficial Etelfredo Raufenrofenrif. (*El cancerbero pone las manos sobre los hombros de don Lain, asoma por encima de la cabeza del mismo las tres suyas, y le deja caer.*)

Lain. ¡Me he descostillado! Ese nombre de conjuro que usted ha dicho, ha espantado al falderin que me sostenia. (*Levántase.*) Pero diga usted: para recobrar yo á mi Pascuala ¿necesito esa cáfila de soldados austriacos? ¿No bastaba con un escribano y dos alguaciles?

Alma de cántaro. Nuestro decoro... Apuntad, Pájaro-Pinto.

Pájaro-Pinto. Nuestro decoro no permite emplear medios tan prosaicos y ruines; y nos obliga á recurrir á la numerosa falange que va á desplegar á tus ojos su aspecto imponente. (*Salen soldados infernales que hacen varias evoluciones al son de una música guerrera.*)

Lain. ¡Buenos chicos! Seguro está que mi enemigo se atreva á hacerles frente... (*Aparte.* Siquiera por no verlos...)

Alma de cántaro. No creas tampoco que tu adversario es un enemigo, asi... pues... que digamos.

Lain. Ya: con que entonces es, asi... pues... que diremos.

Secretario. Es un personage poderoso.
Alma de cántaro. De alto nacimiento... de nacimiento muy antiguo.
Secretario. Y no hay que tenerle lástima, aunque se le vea rendido, postrado, exánime.
Alma de cántaro. Aunque se le vea hecho gigote.
Secretario. Porque es muy astuto, muy ladino.
Alma de cántaro. Muy redomado.
Lain. ¿Redomado, eh? ¿Con que es boticario, segun las señas? Pero ahora que me acuerdo, dígame usted, señor don demonio; ese enemigo, ese que se ha llevado mi muger, ¿es siquiera aquel amiguito que se parece á mí todo, menos en los puños?
Alma de cántaro. (Dejémosle ignorar la verdad para encender sus celos.) Cabalmente.
Laín. ¡Rayos y culebrinas! ¡Infeliz de él! No; la infeliz será ella. No; el único infeliz soy yo, y no ellos. Pues no: es preciso que todos seamos infelices. A la lid, bravos y espantables guerreros. Guerra esterminadora al pérfido que... Nómbreme usted al pérfido contra quien yo me encoragino.
Alma de cántaro. Su nombre es un secreto.
Laín. Guerra al hombre secreto.
¡Persecucion cruel, devastacion!
¡Muerte! ¡Degollacion!
Nada de transaccion:
O la suya ó la mia: armas al hom...



ACTO TERCERO.

Gabinete rico con dos puertas laterales: un tocador en el fondo y dos péndolas de caja grande. A los costados unos pedestales con unos floreros. Una mesa y dos sillones.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. EL SECRETARIO. SOLDADOS. CRIADOS *y* CRIADAS.

Conde. (*A un soldado que se retira.*) Centinelas todo alrededor de las murallas; al que huyere, un balazo.

Secretario. Niñas, respouded la verdad al señor comandante.

Conde. (*A una criada.*) ¿Cómo decís que se llama vuestro amo?

Criada. Don Enrique de la Redoma.

Secretario. (*Que habla aparte con el conde.*) Es el hechicero vuestro enemigo.

Conde. Habrá tomado ese nombre por asemejarse en algo al famoso marques de Villena.

Secretario. Tiene con él gran semejanza.

Conde. Mas pensaba yo que tenia conmigo. Pero estos criados no me han equivocado con él.

Secretario. Porque no usará de su talisman, sino para engañar á las personas que os conocen.

Conde. (*A la criada.*) ¿Cómo es el nombre de vuestra señora?

Criada. Doña Dorotea.

Secretario. (*Aparte al conde.*) ¿Lo veis?

Conde. (*Aparte.* ¡Traidores!) ¿Y cuánto tiempo hace que habitan vuestros amos en esta especie de fortaleza á la raya de Portugal?

Criada. Muy pocos dias. Mientras se reparaba la casa, estuvieron en Villarino, porque el propietario anterior, don Gaspar Hinojosa, la tenia derrotadísima.

Conde. Lo creo. Luego ¿este es el castillo de la cabeza encantada?

Criada. El mismo.

Conde. (*Aparte.* ¿Con que es aqui donde pensaba yo triunfar de mi esquiva? Triunfaré.) ¿Volverán vuestros señores pronto?

Criada. No pueden tardar. Estan ahi cerca, en la huerta de un tal don Ramon, junto al rio.

Conde. (No haberme contestado Gaspar ni Ramon desde que salieron de Madrid, quedándome yo para conducir á Dorotea! Ya veremos qué disculpa me dan.) Oid, teniente; vos ireis á observar ese punto. (*A los criados.*) Si alguno de vosotros intenta avisar á don Enrique de nuestra llegada, lo pagará con la vida. Etelfredo, seguidme, y sabreis mis designios.. (*Vanse el conde, el secretario y los criados: dos de estos vuelven con botellas y vasos, y dan de beber á los soldados.*)

ESCENA II.

DON LAIN.—CRIADAS. SOLDADOS.

Lain. (*Saliendo por una puerta un momento despues que el conde se ha retirado por la otra.*) Descansad de la batida, mientras yo hago aqui un reconocimiento. (*Esto lo ha dicho dirigiéndose á los soldados que estan adentro.*) Donde quiera que veo mugeres, se me van los ojos á buscar la mia.—Jovencitas, palabra.

Criada. ¿Qué tiene usted que decirnos?

Lain. Cosas de grave interes. En primer lugar, que sois nuestras prisioneras.

Criada. ¡Interesante noticia para dárnosla por estraordinario!

Lain. El prisionero sufre la ley del vencedor.

Criada. ¿Y qué ley es esa? ¿la de Mahoma, ó la ley de gracia?

Lain. Es una ley elástica, lo mismo que las demas; ancha, ó angosta, segun la mano que la maneja.

Criada. Prosiga usted noticiando.

Lain. Aquellos hipopótamos que estan allí, tal vez os espulgarán el bolsillo y...

Criada. Diligencia inútil: como estamos en guerra, nuestros amos, porque no nos roben, no nos pagan.

Lain. Tal vez se os decomisarán vuestros cofres...

Criada. No les puede servir á ustedes mi ropa.

Lain. No me creais capaz de ir á la parte con ellos: yo solo exijo de vosotras una declaracion sincera.

Criada. Si no es mas que eso, no se quejará usted de mí. Me muero yo por declarar todo lo que no me importa.

Lain. (*Aparte.* Ninguna de estas chicas se parece á Pascuala; pero Dios sabe en qué me la habrá convertido el otro yo.) Vosotras ¿qué sois?

Criada. Doncellas de mi señora.

Lain. Y alguna de vosotras, ¿se acuerda de haber estado casada conmigo antes de ser doncella?

Criada. Señor, ¿qué dice usted?

Lain. Temblad si me engañais.

Criada. ¡Oh! no señor; casadas hay que se olvidan de su estado; pero, si yo lo fuera, no daria lugar á que mi marido me pudiera hacer esa pregunta.

Lain. ¿No hay mas mugeres en esta casa?

Criada. Una dueña quintañona que jamas sale de su cuarto, y jamas ve á nadie.

Lain. Que se persone conmigo inmediatamente.

Criada. Le dará mucha vergüenza.

Lain. Denguecitos á un lado. Que venga sin dilacion, si no quiere que la mande traer asida de los cabellos.

Criada. (*Aparte al irse.* Mas fácil seria traerla de las narices. *Vanse las criadas.*)

ESCENA III.

DON LAIN. SOLDADOS. CRIADOS.

Lain. ¡Cuál empinan mis camaradas! ¿Si serán almas del otro mundo? Entonces almas de tudescos son sin duda. ¡Que no he de poder desechar las ideas de aquel sueño profético-fatídico-diabólico! «Mañana será capitan tu amo.» Y me lo encapitanan al dia

siguiente. ¿Y quién le trae el nombramiento? El oficial... Rifirafe, ó ¿qué sé yo cómo se llama? Todo se ha cumplido al pie de la letra, menos el hallazgo de mi muger. Ya voy yo viendo que cuando se estravía por esos mundos una casada, pescarla luego es poner una pica en Flandes. (*Vanse los soldados y los dos criados.*)

ESCENA IV.

PASCUALA (*con velo echado*). DOS CRIADAS.—DON LAÍN.

Criada. Venga usted, que está aquel señor empeñado en verla.

Pascuala. Dejadme.

Lain. Adelante, señora. Fuera miedos, ¡voto á un cañon de á 24!

Pascuala. ¡Qué voz escucho!

Lain. Alce usted la pantalla, y veamos el frontispicio.

Pascuala. ¡Él es! (*Alzase el velo.*) *Mírame: ¿me conoces? ¿me conoces?* (1)

Lain. Hasta ahora nunca; pero de hoy mas, aunque la vea á usted entre cien elefantes, distinguiré yo esa trompa.

Pascuala. Tú eres el que me ha puesto de este modo, infame, pérfido.

Lain. ¿Yo?

Pascuala. Yo soy Pascuala; yo soy tu esposa.

Lain. ¡Jesus!

Pascuala. Yo, quien en venganza te va á sacar los ojos.

Lain. Socorro... Los de guardia, compañeros, pasad á cuchillo esas narices. (*Huye.*)

Pascuala. He de beber tu sangre. (*Va tras don Lain.*)

ESCENA V.

EL CONDE, *y un momento despues* GARABITO.

Conde. Me pareció que habia oido la voz de mi mayordomo. Le envié con una descubierta, y habrá hecho lo que siempre; nada. (*Llamando.*) Lain. Lain.

(1) Verso de Otelo.

Garabito. (*Saliendo por un sillon, en el cual se queda sentado.*) Señor.

Conde. ¿Ahí te estabas arrellanado, sin dar aviso de tu llegada? ¿Qué hacias ahí?

Garabito. ¿Ya lo ve usted: descansar. Como he venido por un camino poco trillado... y peligroso...

Conde. ¿Y qué has averiguado por junto?

Garabito. ¡Friolera! (*Aparte.* Aqui entra el embrollo para hacerle desocupar el puesto.) He descubierto el asilo de don Enrique y Dorotea: los he visto.

Conde. ¿Dónde?

Garabito. En casa de don Ramon.

Conde. ¿De mi amigo?

Garabito. Pues: dos tiros de bala de aqui.

Conde. Vamos allá á prenderlos. ¿Es la casa grande?

Garabito. La casa, no; pero la huerta tiene media legua de circuito.

Conde. Necesitamos èntonces toda nuestra gente para acordonarla. Evacuemos este punto. Yo no necesito su castillo, sino sus personas. Sígueme sin tardanza.

Garabito. Al instante.

Conde. Voy á dar la órden de marcha. Los he cogido. (*Vase.*)

Garabito. Los he salvado. En saliendo tú del castillo, dificil será que vuelvas á poner en él las plantas.

ESCENA VI.

DON LAÍN, *y despues* PASCUALA.—GARABITO.

Lain. Señor, señor...—¡Vírgen de las Candelas! ¡Con lo que he tropezado!

Garabito. (*Asiendo á don Lain.*) Anda alli, mayordomo infiel.

Lain. Piedad; siquiera por lo bien que usted me conoce.

Garabito. Quieto y callado. (*Le encierra dentro de una caja de reloj.*)

Pascuala. (*Que sale corriendo y se dirige á Garabito.*) Brujo, mal marido, canalla.

Garabito. Atrás, atrás, señora.

Pascuala. Te he de despedazar con mis uñas.

Garabito. Tenga usted un rato de recogimiento, que hartos ha tenido de desahogo. (*La encierra dentro de la otra caja de reloj.*)

Pascuala. ¿No hay un tabardillo para este hombre?

Garabito. Pareja feliz, en quien he logrado establecer aquella igualdad que es prenda de un buen matrimonio: examinad vuestra conciencia; y si ella no os dice quién es el hombre que tiene derecho para castigaros de ese modo, sabed que debajo de esta apariencia de don Lain, se oculta Garabito.

Lain y Dorotea. (*Asomando el rostro por la cabecera del reloj, cuyo horario ha desaparecido.*) ¡Garabito!

Garabito. Señor mayordomo: usted me usurpó mi novia; yo le he separado á usted de su muger. Usted me debia una partida de leña, yo me he cobrado en la misma especie. Agradézcame usted que mi venganza no haya pasado de las costillas á la cabeza, verbi gracia... (*Sálele un par de cuernos á don Lain.*)

Lain. Usted abusa de mi posicion, y por eso me torea impunemente.

Garabito. Tú, Pascualita, no debes sentir la pérdida de tu hermosura, porque ya te habia servido para tu objeto. Quisiste ser rica, y yo no he tocado á las riquezas de tu marido. El oro y los diamantes son capaces de embellecer la cabeza de Medusa. (*Rodea la cabeza de Pascuala una cabellera de serpientes.*)

Pascuala. Garabito, acuérdate de que me quisiste.

Garabito. Quien te quiera bien, te pondrá mala cara.

Lain. Acuérdese usted de que todos somos prógimos.

Garabito. Dar posada al peregrino es obra de misericordia.

ESCENA VII.

DON ENRIQUE.—*Dichos.*

Enrique. ¡Garabito!

Garabito. ¡Mi amo! (*Los relojes vuelven á su ser.*)

Enrique. Yo te confié mi talisman para que me librases de esos huéspedes enemigos...

Garabito. Ya han salido de casa. Ahora levantan el rastrillo.

Enrique. Sí, me has servido bien; pero yo no te habia autorizado para que te burlaras inhumanamente de estos dos infelices.

Garabito. Las represalias son lícitas. Ellos hicieron otro tanto conmigo.

Enrique. Es decir, que tan bueno eres tú como ellos.

Garabito. ¡Si sabe tan bien esto de sentar la férula al que se pilla por debajo!

Enrique. Alguna desgracia te ha de acarrear ese proceder rencoroso.

Garabito. No guardo mucho rencor á esos maulas, cuando al uno de ellos, á mi original, no le he encajado en el subterráneo, de donde, segun usted dice, nunca se sale.

Enrique. ¿En la cueva de la cabeza encantada? Sí: encerrado allí don Laín, ya podia Pascuala buscar otro esposo.—Pero esto no es del caso.—He conocido á los ausiliares del conde.

Garabito. ¿Y los teme usted?

Enrique. Las potestades maléficas son menos fuertes que las del bien; pero su furor y su malicia trabajan sin descanso. Aunque yo no temo por mí, debo escusar á mi esposa el espectáculo de una lucha encarnizada. Ayúdame tú á disponer á la defensa la gente que tenemos.

Garabito. Primero tengo que servir de guia al conde hasta donde me parezca. Volveré al instante, y me encargaré de los recienvenidos de Tetuan, que tanto divierten á mi ama.

Enrique. Yo me propongo examinar por mí mismo el acampamento de mi contrario; pero antes voy á hacer á Dorotea una revelacion.

Garabito. ¿Se determina usted á decirle quién es?

Enrique. ¿Declararle yo que su marido tiene tres siglos acuestas? Mucha es la virtud de mi esposa; pero es lo mas prudente no intentar una prueba arriesgada. Ella viene. Retírate. (*Vase Garabito.*)

ESCENA VIII.

DOROTEA. DON ENRIQUE.

Dorotea. Conde, ¿qué tropas son esas
de que estamos rodeados?
Enrique. Son tudescos agregados
á las armas portuguesas.
Dorotea. ¿Pensarán acometer
la casa?
Enrique. Con eso cuento;
mas yo defenderme intento.
Dorotea. ¿Y cómo?
Enrique. Con mi poder.
Dorotea. Muy mal en la decision
de tus criados confias:
son pocos, y há cuatro dias
que conocidos te son.
Enrique. Sin embargo, no te azores;
estás conmigo segura:
la virtud y la hermosura
siempre tienen defensores.
Dorotea. Vaya, tu calma celebro.
¿No es cosa que desatina,
cuando el riesgo se avecina,
salirme con un requiebro?
Yo tengo el alma en un hilo.
Enrique. Ven, ídolo amado, pon
la mano en mi corazon.
¿Ves como late tranquilo?
Pues deja el cuidado, hermosa,
lánzalo del alma luego:
mal tuviera yo sosiego,
si peligrara mi esposa.
Dorotea. Siempre de modo discurres
que con la tuya te sales;
pero usas misterios tales,
que ya, la verdad, me aburres.
Aqui junto á Portugal,
me trajiste á ver el Duero,
sin decir: asi lo quiero
por tal razon ó por cual;

y sobre lo de la quinta,
que fue bien pesado lance,
no hay forma de que yo alcance
ni una esplicacion sucinta.
Esto, conde, es una ofensa
que hace usted á su muger:
yo quiero y debo saber
lo que hace usted, dice y piensa.

Enrique. Pero...

Dorotea. Formalmente riño,
si esa conducta tan rara,
no se me pone tan clara
como usted ve mi cariño.

Enrique. Ya con amenaza tal
temo sostener la lucha;
prepárate, pues, y escucha
mi confesion general.
(*Va á tomar dos sillas.*)

Dorotea. (*Aparte.* Cuando se va á entretener
en sosegar mis afanes,
no habrá de los alemanes
mucho daño que temer.)
(*Viendo que don Enrique vuelve con dos sillas.*)
¿A dónde va usted, señor?
Para mí basta una silla.(*Siéntase.*)
Usted hinque la rodilla,
y diga el yo pecador.

Enrique. Limpia tengo la conciencia,
y no es mucho que rehuse...

Dorotea. Hermano, no se me escuse,
ó doblo la penitencia.

Enrique. (*De rodillas.*) De sobrado rigorosa
pecara entonces.

Dorotea. Y digo:
¿merece menor castigo
quien reniega de su esposa?
¡Atreverse á desmentir,
atrevérseme á negar
que juró al pie del altar
solo para mí vivir?

Enrique. No creas que te mintió
quien en debate prolijo

esas razones te dijo.

Dorotea. ¿No fuiste tú mismo?

Enrique. No.

Dorotea. Tú quieres abrir la llaga
que aun mal cerrada me queda.
¿Quién me aturdió en la alameda?

Enrique. El conde de la Viznaga.

Dorotea. ¿Eso tu labio responde?
Y mi marido ¿quién es?

Enrique. El que tienes á tus pies.

Dorotea. ¿Y no está á mis pies el conde?

Enrique. Antes un lobo le coma.

Dorotea. Pues ¿qué enredos hay aqui? (*Levántanse.*)
¿Quién eres tú? Vamos, dí.

Enrique. Enrique de la Redoma.

Dorotea. Ese disfraz nominal
no es cosa de que me pique.
Ya sé la causa.

Enrique. Es Enrique
mi nombre cierto y real.

Dorotea. ¿Por qué te has hecho querer
de mí con ageno nombre?

Enrique. Por libertarte de un hombre
que te quiso envilecer.

Dorotea. ¿Quién?

Enrique. El conde.

Dorotea. ¿Es esto sueño?
Estoy confundida toda.

Enrique. Con una farsa de boda,
de tí quiso hacerse dueño.
Yo descubrí su intencion,
y apropiándome su cara,
legitimé sobre el ara
mi atrevida usurpacion.

Dorotea. ¿Te apropiaste su semblante?
Ya te miro con espanto.
Travieso eres para santo:
¿si serás un nigromante?

Enrique. La mágia es mi profesion;
paro es la blanca, y te aviso
que la ejerzo con permiso
de la santa Inquisicion.

Dorotea. Muy bien. ¿Con que me redujo
la suerte á vivir al lado...?
Enrique. De un hombre rico y honrado.
Dorotea. Con sus ínfulas de brujo.
Enrique. No provocará tu encono
el engaño que sufriste.
Dorotea. Por el petardo que diste
al conde, te lo perdono.
¿Y cuándo te proponias
que yo el secreto supiera?
Enrique. Solo cuando yo estuviera
cierto de que me querias.
Dorotea. ¡Ay qué mago tan bolonio,
que no sabe conocer
si le quiere su muger
en un mes de matrimonio!
Poca habilidad presagia
tal torpeza, y de ella infiero
que cualquier titiritero
sabrá mas que tú de mágia.
Enrique. Te diré para que adviertas
que no soy tan ignorante,
qué piensas en este instante.
Dorotea. ¿Cuánto va que no lo aciertas?
Enrique. ¿Cuánto va que al suelo humillas,
al escucharme, los ojos,
y vivos matices rojos
asoman en tus mejillas?
Dorotea. ¿Me he de avergonzar siquiera
de que se me haya ocurrido
conocer de mi marido
la figura verdadera?
Enrique. Es que tu deseo esconde
un temor...
Dorotea. ¿Yo temer? ¿Qué?
Enrique. Si como Enrique seré
mas feo que como conde.
Dorotea. Yo no pensaba en tal cosa.
(*Abochornada y volviéndole la espalda.*)
Enrique. ¿Por qué me ocultas la faz?
Dorotea. Quítate, déjame en paz.
¡Vaya una aprension graciosa!

Me voy.

Enrique. Un instante.

Dorotea. Nada.

(*La puerta por donde iba á salir, desaparece. Va á la de enfrente, y le sucede otro tanto.*)

¡Calle! ¿Y la puerta de aqui?
Voy á aquella.—¿Tambien?—Dí,
¿quieres ponerme arrestada?

Enrique. Me has insultado, y me vengo.

Dorotea. Yo para obtener perdon,
me resigno á la prision,
pues otro arbitrio no tengo.

Enrique. (*Llevándola á ver dos pedestales, cuyos adornos se cambian.*)

Ven, mira.

Dorotea. ¡Nueva sorpresa!—
¿Mas aun?—No hay que decir
que no quieres divertir
á la pobrecita presa.

(*Se sienta al lado de una mesa y se hace aire con un abanico de plumas.*)

Que busquen en todo el orbe
mas galante carcelero.

Enrique. Sin embargo, no tolero
que un abanico me estorbe.

(*Vuelan las plumas del abanico.*)

Dorotea. Eso ya toca en dureza.
Cuando se tiene calor,
se necesita...

(*Toma de la mesa un pañuelo blanco y se hace aire con él.*)

Enrique. Es mejor
eso para la cabeza.

(*El pañuelo que tenia Dorotea en la mano, se le sube á la cabeza y se le queda prendido; Dorotea tira de la parte de pañuelo que queda sobre la mesa, y va desplegándose un largo y magnífico velo.*)

Dorotea. ¡Miren qué elasticidad
de pañuelo!

Enrique. Te harás cargo
de que era un poquito largo
para la mano.

Dorotea. Es verdad.

(*Un rico manto aparece sobre los hombros de Dorotea.*)

¿Y con qué pretension es
el vestirme este ropage?

Enrique. Vas á hacer un corto viage.

Dorotea. ¿Para alguna funcion?

Enrique. Pues.

(*Aparte.* Cuando á lidiar se prepara
conmigo contraria hueste,
no es bien que mi amor le cueste
pesar á mi esposa cara.
Viva libre de temor
en un asilo ignorado;
y despues de haber triunfado,
coróneme vencedor.)

Dorotea. (*Levantándose vestida con un vistoso trage.*)
¿Te agrado asi?

Enrique. Bella estás
como una flor del Eden.

Dorotea. Pareciéndote tan bien,
¿qué gracia me negarás?

Enrique. Si quieres mi vida propia...

Dorotea. No: cosa muy leve.

Enrique ¿Cuál?

Dorotea. El verte en original
para descartar la copia.

Enrique. Temblando esa prueba arrostro,
bien que mi recelo calma,
saber que estimas el alma,
sin hacer caso del rostro.

(*Pásase el anillo de una mano á otra.*)

Mira al que te adora.

(*Momento de silencio.*)

(*Aparte.* Lucho
con una inquietud cruel.)

Dorotea. (*Aparte.* Vale mas el conde que él,
y eso que no vale mucho.)

Enrique. Sol de mis ojos, irradie
sobre mí tu lumbre pura.

Dorotea. No es en verdad tu figura
para enloquecer á nadie;
pero mi amor no se altera

de tus cambios al tenor:
como eres encantador,
gustas de cualquier manera.
Un tierno abrazo te esplique
si quiero como queria. (*Abrázanse.*)

Enrique. Ídolo del alma mia,
¿quién mas feliz que tu Enrique?
(*Suena música dentro.*)

Dorotea. ¿Qué música se oye?

Enrique. Son
los que te han de acompañar
á donde vas á marchar.

Dorotea. ¿Ahora?

Enrique. Sin dilacion.

Dorotea. ¿Qué page lleva esta cola?
(*Abrense los relojes y salen dos pagecillos.*)

Enrique. Esos dos.

Dorotea. Para salir,
esas puertas hay que abrir.

Enrique. Basta que se abra una sola.

(*En el fondo hay un tocador, que se transforma en puerta, abierta la cual salen por ella Himeneo y varias virtudes conyugales, como la fidelidad, la mansedumbre, la obediencia, &c. Varios genios las acompañan.*)

ESCENA IX.

GENIOS.—*Dichos.*

(*El Genio que representa á Himeneo canta.*)

Ven á mi asilo plácido,
y no en seguirme dudes:
un coro de virtudes
te cerca en derredor:
ampárate solícita
la mano superior.
Harán la paz y el júbilo
tu dulce compañía;
te guarda cada dia
un nuevo goce amor.
Serás estrella fúlgida
de eterno resplandor. (*Vanse.*)

Acampamento.

ESCENA X.

EL CONDE. EL SECRETARIO. SOLDADOS.

Conde. Apartaos, alejaos de mí.

Secretario. ¿Y qué hareis sin vuestros soldados?

Conde. ¿De qué me habeis servido hasta ahora?

Secretario. Si nos hubiéseis querido escuchar, no hubiérais evacuado el castillo; pero como somos meros instrumentos de vuestra voluntad...

Conde. Instrumentos que me son inútiles, los desprecio, los abandono. Ya que estamos en el cuartel general, renuncio mi grado; encargaos de la tropa, y no se me ponga delante ninguno de vosotros, si no quiere esperimentar mi colera.

Secretario. (*Aparte.* Su orgullo merece que hagamos lo que nos manda: ya le pesará.) Os obedezco. (*Vase y con él los soldados.*)

Conde. (*Solo.*) ¡Abrazar la vida de campaña solo con el objeto de apoderarme de Dorotea y de mi rival, y no conseguirlo cuando los tenia casi en mis manos! Donde quiera que halle al pérfido mayordomo, que me hizo salir de la casa para escapárseme y volverse alli con mis enemigos...

ESCENA XI.

DON LAÍN, *y despues* DON GASPAR *y* DON RAMON.— EL CONDE.

Lain. (*Dentro.*) Les digo á ustedes que es capitan mi amo.

Conde. Su voz es esta.

Lain. (*Dentro.* Van ustedes á convencerse... (*Sale.*) Señor, anuncio á usted la llegada...

Conde. (*Sacando la espada.*) Yo te anuncio la de tu hora, pícaro. (*Salen don Gaspar y don Ramon.*)

Lain. Don Ramon, don Gaspar, ampárenme ustedes.
Conde. Dejadme quitarle la vida.
Ramon. ¿Qué te ha hecho ese mentecato?
Gaspar. Si has tenido alguna reyerta con él, basta mandarle cortar las orejas.
Laín. Señor don Gaspar...
Ramon. O mantearle.
Lain. Señor don Ramon...
Conde. Me ha hecho salir del castillo traidoramente.
Lain. Señor conde...
Ramon. Hombre, el que te ha hecho salir, hé sido yo.
Conde. ¿Tú?
Lain. ¿Ve usted como yo soy un inocente? Si hasta ahora casi, me han tenido preso, y en una cárcel bien estrecha.
Ramon. ¿No te acuerdas del favor que te pedí ayer?
Conde. ¿Cuándo te he visto yo hace mes y medio?
Ramon. ¿No hemos pasado juntos toda la mañana...?
Conde. ¿Yo con vosotros?
Gaspar. Desde que te vendí el castillo, no hay dia que no nos reunamos: con que...
Conde. ¿Me has vendido tu castillo?
Gaspar. Si me lo quieres volver á comprar, por mí no hay reparo; lo cobraré dos veces.
Ramon. Yo presencié el pago.
Conde. (*Aparte.*) Esta es otra como la pasada. (*A Gaspar.*) Tú habrás vendido esa posesion á una persona: tú (*A Ramon.*) habrás presenciado la venta; pero esa persona no soy yo, no es vuestro amigo, y la prueba es que me he apoderado hostilmente de la casa que me aseguras ser mia.
Gaspar. Busca otro mas simple que te dé crédito.
Ramon. ¿Cómo puede ser eso verdad?
Conde. Como que hay un impostor que ha tomado mi nombre, y que por arte del diablo, sin duda, se parece á mí en términos, que todos le equivocan conmigo.
Ramon. Vaya, déjate de cuentos de niños, y esplícanos tu conducta, que es harto contradictoria. Nos encargas que salgamos de Madrid para cooperar á tu matrimonio supuesto, y á las dos horas te casas de veras. Como don Enrique, apeteces la paz, como

conde de la Viznaga, te haces de golpe capitan al servicio del austriaco...

ESCENA XII.

DON ENRIQUE.—*Dichos.*

Enrique. El conde de la Viznaga ha jurado á Felipe.
Ramon. ¡Qué pasmo!
Gaspar. ¡Dos condes!
Lain. No discrepan un pelo.
Conde. ¡Al fin te he hallado, traidor! Uno de los dos es preciso que desaparezca. Desnuda la espada.
Enrique. Veremos qué valor muestra delante de un hombre el que hasta ahora no ha sabido mas que perseguir á una dama.
Conde. Vas á morir, impostor.
Enrique. Defiéndete, falsario. (*Se baten.*)
Ramon. Señores, señores...
Gaspar. Deteneos.
Lain. Ahora que se han revuelto, ¿quién conoce al verdadero conde?
Los dos. Yo soy.
Lain. Quedamos enterados. Nada, el mejor medio de salir de confusiones es dejar que se mate uno: siempre les queda á ustedes su amigo y á mí mi amo.
Conde. ¿Es esa la ley que me tienes? Te he de atravesar las entrañas.
Enrique. Guárdese usted de tocar á mi mayordomo.
Lain. Este es mi amo; el conde que me protege es el verdadero conde.
Enrique. Ramon, ven á recibir el préstamo que habíamos tratado.
Ramon. Este es mi amigo; el conde que presta es el verdadero conde.
Conde. Gaspar, mira que es nula la venta del castillo.
Gaspar. ¿Eso es decir que tendria que devolver el dinero que ya he gastado?
Enrique. La venta es válida, Gaspar.
Gaspar. El conde que compra es el verdadero conde.
Conde. Ramon, Gaspar, escuchadme: ved que el engaño que padeceis puede seros funesto.

Enrique. En el castillo nos espera un banquete. Seguidme.

Gaspar. Sigámosle. El conde que convida es el verdadero conde. (*Vanse todos menos el conde.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE, *y luego el* SECRETARIO *y* SOLDADOS.

Conde. ¡Soldados! Ninguno me oye. No podia haberlos mandado retirar de aqui á peor tiempo. ¡Soldados! (*Salen el secretario y soldados.*)

Secretario. Señor. (*Ap.* Ya sabia yo que me llamarias.)

Conde. Vamos á asaltar ese castillo. No ha de quedar en él piedra sobre piedra.

Secretario. Volémosle entonces.

Conde. Pereceria Dorotea entre sus ruinas.

Secretario. Dorotea no está ya en él; se encamina con una escolta hácia este sitio.

Conde. ¡Oh! de ese modo, mi victoria es segura. Apoderémonos de la ingrata, y destruyamos despues el asilo del hechicero.

Secretario. Preparad vosotros la mina. (*Húndense varios soldados.*)

Conde. ¿Qué significa eso?

Secretario. Que tambien yo soy mágico. Mirad lo que perdiais, renunciando á mi ausilio.

Conde. Conozco que me es preciso aceptarlo. Dividamos en dos pelotones la fuerza, y ocultémonos entre estos árboles á un lado y otro, para que supongan que hemos abandonado el acampamento.

Secretario. Y cogemos entre dos fuegos á la débil comitiva de Dorotea.

Conde. Vamos. (*Retíranse unos á un lado, y otros al opuesto. Sale Dorotea conducida en un palanquin ó silla de manos magnífica, rodeada de genios y ninfas que la acompañan danzando.*)

El Conde y el Secretario. (*Presentándose á cada lado del proscenio, al frente de los suyos.*) Ahora. (*Dóblanseles á los soldados los arcabuces, cuando están en actitud de apuntar, quedando la mitad de la caja pendiente de una visagra, y mirando á*

tierra el cañon y arrojando fuego. Los soldados huyen; la comitiva de Dorotea cruza el teatro sin obstáculo.)

Conde. ¡Ah! nos han burlado.

Secretario. Dorotea tiene en su poder el talisman de su esposo. Venid, conde; don Enrique es nuestro.) (*Vanse todos.*)

Vista esterior del castillo.

ESCENA XIV.

DON ENRIQUE. DON GASPAR *y* DON RAMON *en las murallas del castillo:* CRIADOS *armados.*

Enrique. El enemigo se acerca.

Ramon. Manda retirar la avanzada. (*Tocan á retirada.*)

Gaspar. (*Acabando de beber una botella.*) Ahora que vengan cuando gusten á acometernos. En destripando yo un par de botellas, no me queda títere por delante.

Enrique. Yo os estimaria que os volviéseis á vuesrtas casas. Con mis dependientes y con los labradores que se han reunido aqui, tengo bastante para escarmentar á mis enemigos.

Ramon. Nosotros no te abandonamos.

Gaspar. Ni en la mesa, ni en el peligro.

ESCENA XV.

GARABITO (*mandando un peloton de monos ridículamente vestidos y armados*).—*Dichos.*

Garabito. Paso redoblado: sin correr... Orden, soldadesca desenfrenada. Hileras á la derecha... El paso, el paso... Hileras á la izquierda, alto. Prevénganse... Como primera fila. (*Los monos sueltan las armas y rodean á Garabito, llevándole á un lado y á otro.*) Insubordinados, rebeldes... Soltadme, para que os forme consejo de guerra.

Un centinela de las murallas. El enemigo, el enemigo.

Garabito. A las armas. (*Los monos cogen las carabinas, se las ponen por caballito, y se van unos por un lado y otros por otro, para subir á las murallas.*) Si mi tropa se vuelve de caballería, que los mande un gefe de su arma. (*Entrase.*)

ESCENA XVII.

EL CONDE. EL SECRETARIO. SOLDADOS.—*Dichos.*

Conde. Rendíos, si quereis salvar las vidas: el castillo está minado.

Gaspar. Esta es nuestra respuesta. (*Le tira una botella.*)

Enrique. Fuego. (*Descargas de ambas partes.*)

Conde. Fuego.

Gaspar. Ladrillazo en ellos.

Conde. ¡Perros! ¡Cómo se defienden!

Secretario. Apelemos al último recurso. (*Esplosion de la mina, arruínase el castillo.*)

Todos. ¡Oh!

Los del Conde. ¡Victoria, victoria! (*Penetran por la brecha, y desarman á don Enrique y á los suyos.*)



ACTO CUARTO.

Portalon abierto, por el cual se ve parte del castillo arruinado. A un lado una chimenea, una puerta y una ventanilla, delante de la cual pende una alcarraza.—Es de noche, y de cuando en cuando se oye algun trueno lejano.

ESCENA PRIMERA.

DOROTEA. PASCUALA.

Dorotea. No dudes decirme la verdad: sá came de afanes, Pascuala. ¿Dónde han encerrado á mi esposo?

Pascuala. En un subterráneo muy profundo, debajo de esa torre.

Dorotea. ¿En la cueva de la cabeza encantada?

Pascuala. Allí mismo.

Dorotea. Desde mi retiro oí la esplosion de la mina, y el corazon me anuncio al momento mis desgracias. No debia hablarte de ellas, porque no eres capaz de compadecerte de mí. Siempre tu corazon fue de bronce.

Pascuala. ¡Ay! eso era cuando no me habian crecido tanto las narices. ¡Me he hecho tan sensible desde que soy fea!

Dorotea. Tú no comprendes lo que es estar una muger separada de su marido.

Pascuala. Conforme él sea. ¡Lo que sentiria yo perder de vista al mio! ¡Mira qué delicadeza de hombre! ¡Mandar que le espere aquí sola, en una noche como esta, oscura, nublada....! Tiene una alma de caribe, por no decir de mayordomo.

Dorotea. ¿Tardará en venir?

Pascuala. ¡Qué! no por cierto. Reconciliado ya con el conde, le encargó este no sé qué comision, para la cual llevó consigo unos soldados. Con ellos volverá,

segun me previno. Ya ves el riesgo en que estás de que te encuentren.

Dorotea. (*Aparte.* Eso es lo que yo quiero.)

Pascuala. Te prenderian, te llevarian á presencia del conde.

Dorotea. (*Aparte.* A eso he venido.) ¿Dónde se ha alojado el conde?

Pascuala. En la galería de los trofeos, que es el costado de la fábrica que menos ha padecido. (*Mirando adentro.*) ¡Ay Jesus! que ya estan aquí.

Dorotea. ¿Quienes?

Pascuala. Mi marido y los soldados. Ya no puedes huir.

Dorotea. Escóndeme en cualquier parte. (*Para sí.* Oiré lo que digan.)

Pascuala. En esta pieza. Ven. (*La hace entrar por la puerta de la derecha.*) Procura estar con silencio, ó eres perdida.

ESCENA II.

DON LAÍN. SOLDADOS.—PASCUALA. DOROTEA, *oculta.*

Lain. Pues, señor, allá nos aguarde por muchos años.

Pascuala. ¿Quién?

Lain. Mi duplicado, el otro yo, Garabito.

Pascuala. ¿Qué decís? ¿Ha muerto?

Lain. Se han empleado todos los medios conducentes. Ibamos dándole caza á lo largo del Duero; ve que ya le podia alcanzar una bala, y.... ¡zas! Embócase de cabeza en el rio, y tú que le viste.

Pascuala. ¿Y no hubo entre vosotros una alma capaz de socorrerle?

Dorotea. (*Asomándose á la ventanilla.*) No estaba yo lejos.

Laín. Sí tal: Becker y Straus se arrojaron al agua tras él. Esos dos muchachones que ves ahi, que son dos atunes.

Pascuala. ¿Y consiguieron....?

Lain. Sacarle á la orilla.

Pascuala. ¿Vivo?

Lain. No lo parecia; pero en la duda de sí ó no, los

amiguitos desenvaynaron las charrascas, le hicieron moneda en un periquete, y colgaron sus pedazos de los árboles, para escarmiento de usurpadores fisionómicos.

Pascuala. ¡Oh inhumanidad! — ¿Y teneis valor para decírmelo?

Lain. ¿Si te parecerá que no siento yo que haya muerto de esa manera?

Pascuala. Callad: teneis peor intencion que un novillo.

Lain. Niña, el Galateo enseña que no se le hable de sogas al ahorcado. Yo digo la verdad pura. El señor teniente Raufenrofenrif....

Pascuala. Yo no tengo que ver con ningun teniente.

Lain. ¡Pues no faltaria mas.....! ¡Vaya!—Digo, pues, que el mencionado señor teniente Raufenrofen tenia á Garabito una tirria, lo mismo que si el vidriero le hubiese aplicado algun verbigracia.—Dios nos libre y nos defienda.

Pascuala. Bien: ¿y qué?

Lain. Y como el susodicho señor teniente Raufen es un mágico de los mas aprovechaditos de las márgenes del Rin, habia descubierto el único medio posible para que recobrases tu juventud y tu hermosura.

Pascuala ¿Y cuál es?

Lain. La cosa mas sencilla del mundo. Fusilar al que dió desarrollo á esas narices.

Pascuala Y el quedarme yo sin ellas ¡habia de costar sangre!

Lain. Sangre cuesta cualquier desnarigadura ordinaria. Dígalo el albeitar que nos cura las caballerías.

Pascuala. ¡Sacrificar á mi restauracion un amante! Si fuera un marido....

Lain. Es verdad: siempre á nosotros nos tocan los sacrificios.

Pascuala. A tal precio, mas quiero permanecer así toda la vida.

Dorotea. (*A la ventana.*) La pobre Pascuala merece ya volver á su primitivo estado, y tener un esposo menos indigno. Mi talisman obrará. (*Al quitarse de la ventana, deja caer la alcarraza al suelo; se rompe, y el agua salpica á don Lain.*)

Lain. ¡Canario! Ahí dentro hay gente. Soldados, entrad á la bayoneta.

Pascuala. No, no entreis. La casualidad, el aire...

Lain. El aire puede traer agua, pero no en cacharros. Avanzad. (*Los soldados entran en el cuarto donde se ocultó Dorotea, y vuelven á salir poco despues con ella.*)

Pascuala. Escuchadme.

Lain. ¿No digo? ¡Una muger! Afuera, afuera con ella.

Pascuala. (*Aparte.* ¡Infeliz amiga!)

Lain. ¡Dorotea!

Dorotea. Dejadme: no me lleveis á presencia del conde.

Lain. Precisamente tenemos la orden contraria.

Dorotea. Por Dios.... Yo reclamo....

Lain. Sí, reclame V., reclame sin pérdida de tiempo. (*A los soldados.*) Llevad presa á esta señora, en calidad de reclamante.

Pascuala. (*Aparte.* Ella se ha perdido.)

Dorotea. (*Aparte.* Logré mi intento.) (*Los soldados conducen á Dorotea.*)

ESCENA III.

DON LAÍN. PASCUALA.

Pascuala. ¡Os habeis portado bizarramente! ¡Poner á la pobre Dorotea en manos de los satélites del conde!

Lain. ¿No es el conde su marido? Reunir dos esposos descarriados es una accion de alta moralidad.

Pascuala. Mereceis por vuestra barbarie que el cielo os castigue.

Lain. ¡Qué tonteria! El cielo... (*Trueno horroroso.*) ¡Hola! Guardémosle respeto, porque habla gordo. (*Sigue tronando y relampagueando.*)

Pascuala. Sobre vos debian caer sus rayos.

Lain. ¡Santa Bárbara bendita! Tempestad para toda la noche hay.

Un eco. ¡*Ay*!

Pascuala. ¿Habeis oido? Se han quejado.

Lain. Algun perro, alguna lechuza.... El miedo que tienes te alucinó.

Eco. No.

Pascuala. ¿Lo veis ahora?

Lain. No veo; pero oigo.... lo que no quisiera.

Pascuala. ¿Si será una alma en pena quien se queja así?

Eco. Sí.

Pascuala. Yo no acierto á hablar ni á moverme.

Lain. Serenidad; no hay motivo para amedrentarse tanto. Hablando se entiende la gente. Parlamentaremos. (*Aparte.* Hagamos de tripas corazon.) ¿Qué quieres de nosotros, ente invisible que nos remedas? ¿Quién eres? Dilo; que yo me holgara...

Eco. Gara....

Lain. Yo te invito.

Eco. Bito. (*Don Lain y Pascuala hablan casi á un tiempo.*)

Lain. Ha dicho: *Gara....*

Pascuala. Ha dicho: *bito.*

Eco. Gara.... bito.

Lain ¡Garabito! Aun despues de hecho cinco, ¿ha de perseguirme? Tal tenacidad en un muerto me admira.

Eco. Mira. (*Caen las piernas de Garabito por la chimenea.*)

Pascuala. ¿Qué es aquello que ha caido por la chimenea?

Lain. Alguna media canal que estaria al humo. (*Lléganse los dos al hogar.*)

Pascuala. ¡Qué horror! (*Refúgiase en el cuarto donde estuvo Dorotea.*)

Lain. ¡Las piernas del maestro plomero! Muerto mas agil no lo he visto en mi vida. (*Caen los brazos, y despues el cuerpo.*) Un brazo.... dos. El hombre se me viene aquí por menor, para darme un susto con cada cuarto. Pero falta lo principal. Apostara que alguna bruja se ha llevado ya la cabeza para arrancarle los dientes.

Eco. Mientes.

Lain. ¡Mientes! ¡Qué urbanidad gasta el eco consonantista! ¡Mientes! Lo que yo veo es que la prenda capital no asoma.

Eco. Toma. (*Cae la cabeza.*)

Lain. Tómela un peluquero frances para muestra.

ESCENA IV.

LOS SOLDADOS.—DON LAIN.

Lain. ¡Ay, hijos! ¡qué falta me habeis hecho tan grande!

Un soldado. ¿*Warum*?

Lain. Porque necesitaba repartir con vosotros una dosis de miedo, sobrado fuerte para mí solo. Mirad.

Soldado. ¿*Was giebts*?

Lain. Mirad lo que se ha descolgado por esa chimenea.

Soldado. ¡*Was wunder*!

Lain. ¿Sabeis lo que estoy pensando? Que el señor Raufenrofenrif no me dijo que para rejuvenecer á mi esposa, fuese necesario fusilar á ese hombre en vivo. Un difunto que se cuela en el hogar doméstico furtivamente, bien merece media docena de almendritas de á onza... y puede que el efecto sea el mismo. ¿Qué se pierde en probar?

Soldado. *Nichts.*

Lain. Manos á la labor. El deseo de ver á mi muger buena moza, tal y como era antes de sus averías, me infunde un aliento... quirúrgico, veterinario. (*A los soldados.*) Traedme pieza por pieza ese mueble, y yo lo iré ensamblando, arrimadito á la pared. Aquí hay unas escarpias: atando á ellas un pañuelo.... ó mis ligas.... (*Los soldados hacen lo que don Lain les indica, y él arma el cuerpo de Garabito, cantando en el ínterin.*) Principiemos la obra por los cimientos. ¡Lo que puede el amor conyugal! — Esto ya se tiene. Vengan mas materiales. — Adelante.— Prenderemos los brazos con unos alfileres. ¡Guapo!— La cabeza es la que da en quedarse torcida. Nada: hasta lo último se ha de salir con la suya. ¡ Válgate un.....!—Muchachos, al avío: preparad los chismes; aquí no hay necesidad de descabezar el credo. (*Los soldados toman las armas: Garabito echa á andar.*) ¡ Ay ! ¡ay ! ¡ Dios todopoderoso !

Soldados. ¡ *Dicsen verräther*!

Pascuala. (*Saliendo en su figura de joven.*) ¡ Qué sucede! ¡ Ah !

Lain. ¡San Cosme! ¡San Emeterio! ¡Santa Lutgarda! (*Huyen todos despavoridos gritando, y Garabito va tras ellos.*)

Una galería del castillo,

ESCENA V,

EL CONDE. EL SECRETARIO.

Conde. Yo quiero verla, y basta.

Secretario. Tambien ella quiere veros.

Conde. Sí, porque no ha podido ocultarse de mis soldados.

Secretario. Artificios mugeriles, de que sereis víctima. Dorotea os buscaba, y está deseando la entrevista. No me es lícito oponerme á vuestra voluntad; pero os aviso que os va á pedir la libertad del hechicero.

Conde. No la obtendrá de mí.

Secretario. Y fuera inútil que se la concediérais: os lo prevengo.

Conde. ¿Pues cómo?

Secretario. Es casi imposible que salga del subterráneo, donde se halla.

Conde. ¿Por qué?

Secretario. Cuantos han puesto los pies en la cueva de la cabeza encantada, desde que lleva ese nombre, todos se han quedado dentro. Allí de nada sirve su talisman á Enrique.

Conde. De ese modo, nada tengo que temer. Inútil es quitarle la vida como me aconsejabais.

Secretario. Era sin embargo lo mas seguro.

Conde. ¿A qué nos hemos de privar de los soldados que bajen á pasarlo por las armas?

Secretario. Vos pagais con un parte. (*Para sí.* No sabe que para nosotros no hay puerta cerrada.)

Conde. Antes de resolver, quiero hablar á Dorotea. Podeis retiraros. (*Vase el Secretario.*)

ESCENA VI.

DOROTEA.—EL CONDE.

Conde. Tras dias y dias
que vago perdido,
buscando la estampa
de un pie fugitivo,
por fin, Dorotea,
tus ojos he visto.
Cambiando papeles,
buscarme te miro:
tan alta ventura
me saca de tino.
Dorotea. Sabiendo que estabas
en este castillo,
hacer los honores
le quise á un amigo.
Conde. ¿Amigo?
Dorotea. Perdona,
si tal he creido.
Conde. De serlo me alabo.
Dorotea. Mi casa testigo.
En ella, aunque á nadie
pediste permiso,
has hecho.... y deshecho,
segun tu capricho.
Conde. Que yo la he comprado
su dueño me dijo:
ninguno se agravie,
si yo la derribo.
Dorotea. Por eso yo nada
en contra te digo.
Conde. Palabras que importan,
jamas las olvido.
Dorotea. Yo en punto á recuerdos,
separo y distingo.
Jamas hago caso
del mal que recibo;
mas gravo en el alma
cualquier beneficio.

Conde. Y dime: ¿te acuerdas
de un conde...?

Dorotea. Infinito.
¿Pudiera olvidarme
de un hombre que quiso,
perdido de amores,
casarse conmigo?

Conde. Casóse en efecto:
así me lo has dicho.

Dorotea. Pues ya.

Conde. De ese modo,
yo soy tu marido.

Dorotea. Si tú lo dudabas,
el yerro no es mio.

Conde. ¿Con que eres mi esposa?

Dorotea. ¿Cómo he de decirlo?

Conde. ¿Y quién es entonces
aquel individuo,
que preso se queja
con triste suspiro?

Dorotea. Aquel....

Conde. Sí señora.

Dorotea. Será un pobrecillo....

Conde. Que burla á los condes.

Dorotea. Que sabe suplirlos.

Conde. Carrera ha tomado
de mucho peligro.

Dorotea. Por término de ella,
aguarda...

Conde. El suplicio.

Dorotea. ¡Oh! yo no lo creo.

Conde. Pues yo te lo afirmo.

Dorotea. Pues yo te declaro
que no lo permito.

Conde. Yo soy el que manda.

Dorotea. Y yo la que pido,
y á dama que ruega,
ceder es preciso.

Conde. ¿Por dónde confias
hallar tan propicio
al hombre que estaba
furioso contigo?

No irrites mi ciego
caracter altivo;
que puedo acordarme
de agravios antiguos.

Dorotea. ¿De agravios.... qué has hecho?

Conde. De mil que he sufrido.

Dorotea. ¡Qué injustos que somos,
y qué olvidadizos!
El mal que nos hacen,
nos llega á lo vivo,
y en nada apreciamos
el daño que hicimos.
Aquel que pensaba
lograr el cariño
de honrada doncella
por medios inicuos,
¿podrá figurarse
de culpa tan limpio,
que no mereciera
ni un leve castigo?

Conde. ¿Quién juez de mis hechos
á Enrique le hizo?

Dorotea. A todos alcanza
la ley del destino,
al conde y al mago,
al grande y al chico.

Conde. Jamas se perdona
la befa, el ludibrio.

Dorotea. Pues yo he perdonado,
mi conde querido,
la farsa de boda
que usted me previno.

Conde. Señora, acabemos.
Enrique, el indigno
rival, que envidioso,
mi dicha deshizo,
forzoso es que muera.

Dorotea. ¿Morir? ¡Qué delirio!
Si libre no mandas
que salga ahora mismo,
jamas en mis labios
oirás un cariño.

Conde. Pero óyeme.....

Dorotea. Y mira
que ya, si reñimos,
declárote guerra,
y nunca transijo.

Conde. No temo....

Dorotea. ¿Desprecias
mi gran poderío?
Verás lo que puede
mi mágico anillo.

Conde. ¿Podrá por ventura
vencer mi albedrío?

Dorotea. ¡Ay conde del alma!
si está ya vencido.
Teniendo estos ojos,
¿qué mas necesito?

Conde. Verán su desaire,
cual vieron el mio.

Dorotea. Son siempre los condes
humanos y finos.

Conde. Te cansas en vano.

Dorotea. No te hagas esquivo.

Conde. Sí Enrique no puede
salir ya del sitio,
donde esos soldados
le tienen hundido.

Dorotea. Saldrá, si tu quieres.

Conde. Que no, te repito.

Dorotea. Con tal que lo mandes,
te dejo tranquilo.

Conde. ¿En la orden tan solo
se cifra tu ahinco?
Daréla al momento...
con un requisito.

Dorotea. ¿Cuál?

Conde. Has de entregarme
tu sortija.

Dorotea. ¡Lindo!
(*Aparte.* Caiste en el lazo.)
¡Gentil desatino!
Están en las damas
mejor los hechizos.

Conde. Sobrados ostenta
tu rostro divino.
Dorotea. Conviene que dure
sin mengua su brillo,
y así mi sortija
guardar solicito.
Conde. Pues guárdala, y siga
Enrique cautivo.
Dorotea. Ya es mucha la tema.
Conde. La tuya lo mismo.
Dorotea. (*Aparte.* Ignora que tengo
igual otro anillo,
que darle.) ¿Qué dices?
Conde. Que yo no desisto.
Dorotea. Si no hay otro medio....
Conde. No hay otro.
Dorotea. Me rindo.
(*Da una sortija al conde.*)
Ordena que á Enrique
suelten.
Conde. Convenido.
(*Aparte.* Mandarlo es bien fácil,
mas no conseguirlo.)
Dorotea. (*Aparte.* Soy feliz.)
Conde. Ahora,
permite..... (*Va á besarle una mano.*)
Dorotea. (*Retirándose.*) Quedito.
Conde. Mi esposa no debe
mostrarme desvío.
Dorotea. En tanto que la orden
no des por escrito,
estoy divorciada.
Conde. Pero un anticipo
tan facil....
Dorotea. Es antes
cumplir lo ofrecido.
Paga adelantada
retarda servicio. (*Vanse.*)

Cueva de la cabeza encantada.—A los lados del proscenio dos estátuas tendidas sobre pedestales; la una tiene atadas las manos; la otra sueltas. Un asiento informe en medio del teatro; una lámpara encendida sobre una repisa, en otro lado una antorcha apagada.

ESCENA VII.

DON ENRIQUE.

Todo lo que ha podido alcanzar mi discurso es persuadirme mas y mas de lo que ya sabia: de que las puertas de este subterráneo se abren por sí solas al que intente penetrar en él, y se cierran para siempre en seguida. Por algo me condujeron aquí mis enemigos, dejándome sueltas las manos. No debí entregar á Dorotea mi talisman, sabiendo á lo que me esponia. Pero de otro modo, ella era la que peligraba. No: bien hice. Viva ella segura, y perezca yo, si es necesario. (*Mirando hácia adentro.*) ¡Cielos! ¡Dorotea!

ESCENA VIII.

DOROTEA.—DON ENRIQUE.

Dorotea. ¡Esposo mio!
Enrique. ¡Bien de mi vida (*Se abrazan.*)
Dorotea. ¡Cómo me has engañado! ¿Por qué me encubrias el riesgo que te amenazaba?
Enrique. No lo creí yo tan grave: me engañé yo mismo.
Dorotea. Al fin te encuentro: ya estoy segura.
Enrique. ¿De qué? ¿de quién?
Dorotea. Del conde.
Enrique. ¿El conde te perseguia?
Dorotea. Furioso. Ya se ve, yo le habia embaucado para arrancarle la promesa de ponerte en libertad.
Enrique. ¿Y ha faltado á su palabra?
Dorotea. Conoció mis designios un oficial tudesco, y se

los reveló al conde. Considera tú como se pondria. Si no tengo en mi poder el anillo mágico, de seguro que no llego á verte.

Enrique. Pero ¿ sabes, infeliz, sabes lo que has hecho con poner las plantas en este recinto?

Dorotea. El deber de una fiel consorte; buscar á mi esposo, abrazarle, participar de su suerte.

Enrique. ¿Sabes que acaso no volverás á ver la luz del dia?

Dorotea. ¡Qué! ¿no podremos huir de aquí á favor de tu talisman?

Enrique. A todo alcanza, menos á eso. Imposible es la salida, si no descubrimos....

Dorotea. ¿ Algun resorte? ¿alguna puerta oculta? Yo veo bien.

Enrique. El encanto de esta cueva consiste en una adivinanza, compuesta de tres renglones, de los cuales es necesario acertar el primero.

Dorotea. ¿Y dónde están escritos?

Enrique. En los muros de esta pieza.

Dorotea. No descubro letras por ningun lado.

Enrique. Ese es el secreto. Se han de imaginar y pronunciar aquí las palabras de uno de los tres renglones, sin ningun antecedente.

Dorotea. ¡Vírgen de Atocha!

Enrique. Entre las infinitas combinaciones que se pueden hacer con las voces de un idioma, ya ves si será dificil atinar con las que estén ahí trazadas, las cuales no aparecerán hasta que haya quien las adivine.

Dorotea. Pues ya es empresa.

Enrique. Solo á la casualidad se puede deber ese descubrimiento. Yo compré el castillo por tener la gloria de desencantar á los moradores de esta caverna; pero todos mis cálculos han sido inútiles, y por lo mismo, nunca me habia atrevido á pasar de sus umbrales. Aquí permaneceremos encarcelados...... sabe Dios hasta cuando.

Dorotea. La mansion no es muy agradable; pero teniéndote á mi lado, no echaré menos los magníficos salones de arriba. El amor todo lo embellece. Podremos conversar tambien con nuestros compañeros de cautiverio.

Enrique. Ellos podrán oirte, pero no responderte.

Dorotea. ¿Solamente nosotros estamos en el uso de la palabra?

Enrique. Gracias á mis privilegios científicos.

Dorotea. Pues en esa circunstancia estriba nuestra salvacion. Nada; lo que debemos hacer es estar charlando á todas horas, hasta que á fuerza de vaciar palabras, demos con las del enigma. Recorramos ahora estas silenciosas moradas, por si hallamos algun resquicio que nos facilite la fuga.

Enrique. ¡Vana esperanza! (*Toma la lámpara, y se van los dos esposos.*)

ESCENA IX.

GARABITO.

(*Dentro.*) ¡Ay! ¡ay! Despacio, que yo no vuelo. ¡Que me estrangulo! (*Sale conducido por un cuervo, el cual tiene asida con el pico una cinta que trae Garabito atada al cuello.*) Alto aquí, señor cuervo: no me da la gana de correr mas. Tire V. por donde quiera. (*Con las manos tira de la cinta; esta se rompe, Garabito cae, y el cuervo desaparece en la direccion que llevaba.*) ¡Ay! se me ha desquiciado toda la columna vertebral. ¡Que no ha de haber gusto completo! Cuando mas gozoso iba yo persiguiendo á don Lain, ¡pif! cruza ese maldito grajo, me echa la guindaleta, y unas veces colgando, y otras á trompicones, me trae... ¿qué sé yo adonde? porque no veo. A la cuenta, desde que me descuartizaron, vine á ser propiedad de las aves de rapiña, y la primera que me atisvó, dijo: aquí te veo, aquí te cojo. (*Se levanta.*) ¿Qué apostamos á que en esta huronera tienen esos bichos su almacen de víveres, y que á lo mejor vienen á darse un refrigerio con mi persona? Lo peor es que estoy tan molido, que no podria defenderme ni de un gorrion. Descansemos un instante, aunque sea en el suelo. No; aqui tiento un pedrusco, y....... (*Lo que cree que es un asiento, es un monstruo, el cual al sentarse Garabito, se levanta sacudiendo unas grandes alas: un

relámpago ilumina instantáneamente el teatro.) ¡Válgame el marques de Villena! ¿Qué animalote es ese? ¿Qué son aquellas figuras blancas que he traslucido? ¿Cuánto va que me han embocado en la cueva de la cabeza encantada, la del enigma que tanto da que cavilar á mi amo? (*Otro relámpago.*) Dicho y hecho; estoy condenado á reclusion perpetua, y Dios sabe qué será de mí con semejantes huéspedes. ¡ En lo que han venido á parar las esperanzas que concebí cuando me dijo mi amo en Barahona: ¿qué apeteces? Pide lo que quieras. (*Se oyen dos fuertes golpes en metal, y aparecen en el muro, resplandeciendo como si estuvieran formadas con piedras preciosas, estas palabras en letra gótica.*)

Pide lo que quieras,
haz lo que veas,
y lograrás lo que deseas.

(*Garabito continúa.*) Ese ruido.... ese letrero..... No hay mas: he dado con la adivinanza, sin pensar en ello. ¡Y mi amo que andaba volviéndose loco! Sí; pero ahora falta que yo sepa seguirla, esplotarla con fruto. (*Lee.*) «Pide lo que quieras...» En lo de pedir, iré con tiento; no tengamos otro apéndice al nalgatorio, como cuando los tres deseos. Lo primero que quiero, y que no tiene duda que me conviene, es no estar á oscuras. Una luz. (*El cuervo vuelve con una mecha en el pico, enciende la antorcha que hay en teatro, y vuela.*) Gracias, amigo. Buen viage. Ahora, útil será examinar el terreno. No veo mas que dos estátuas tendidas. (*El monstruo que ha cambiado de puesto, se mueve al acercársele Garabito.*) No se incomode V.: soy de casa. Estos personages serán á la cuenta dos campeones cuyas proezas habrian escitado la envidia de algun encantador malandrin.... y cátelos V. berroqueñizados. En efecto, son hombres de armas tomar, porque aquí conservan las suyas. Si lograse desencantarlos, me hacia con dos aliados

formidables. Este tiene un chafarote, y el otro.... una arma de fuego, á manera de retaco. ¡Calle! ¡Si están aquí sus nombres! (*Lee.*) «Bernardo.» ¡Cómo! «Ambrosio.» ¡Voto va! Ya caigo. Este es el de la espada que ni pincha ni corta, y aquel el que cargaba la carabina con cañamones. ¡Buen refuerzo esperaba yo! La espada de Bernardo me seviria lo mismo que la carabina de Ambrosio. Continuemos ejerciendo el derecho de peticion; y para no equivocarlo... Fuera circunloquios... Quiero que inmediatamente se me ponga... (*El monstruo ruge y se dirige á Garabito, furioso.*) No, señor, no se enfurezca V. así; que aun no he acabado: no iba á pedir que me pusieran en libertad, como V. se figura; iba á decir que me pusieran.... la mesa para cenar. ¡Pues estamos bien! «Pide lo que quieras,» ¡y por poco no me despedaza ese dragon cuando pido lo que mas me importa! (*Sube por un escotillon una mesa aparada, debajo de cuyo tablero hay dos osos, como sosteniéndole: la mesa trae consigo un banco largo.*) ¡Hola! Parece que de puertas adentro no se opone nadie á que regale yo mi individuo. Sea enhorabuena: los duelos con pan son menos. Así como así, me voy convenciendo de que contra todas las reglas de la encantaduria, en esta tierra hace hambre. Y guisan muy bien por allá abajo, porque el olorcillo convida. En verdad, que donde hay quien guise, podia haber quien sirviera. (*Los osos salen de debajo de la mesa y se ponen en dos pies á los lados de la mesa, cada uno con una servilleta al hombro.*) ¡Vaya un par de camareros! ¡Qué atrocidad! Háganme ustedes el favor de no atarearse por mí. ¿Oyen ustedes? (*Viendo que no le hacen caso.*) ¡Eh! ¡Mozo! Con usted hablo.... y con usted. Que se larguen ustedes de aqui, y no vuelvan hasta que suelten el pelo de la dehesa. Lo quiero, lo pido. (*Los osos vuelven á colocarse debajo de la mesa.*) ¡Hum....! No sé si me fie... En fin, vamos á comer. Lo primero, un huevecito pasado por agua; que en esto no pueden haber ingerido ningun jarope. ¡Oh! y parece fresco. Aquí no estoy con tranquilidad. (*Se va de la mesa, mirando á los osos, y llevándose el huevo.*) En este lado, de dos sorbos...

(*Abre el huevo, y sale de él un pájaro.*) ¡Pues estaba reciente, por Dios! ¡y tenia un pollo volandero! ¿Y porqué me pringo yo en tal fruslería, habiendo aqui un pastelon de liebre, que es mi plato de preferencia? (*Toma un cuchillo, y trincha. Mientras tanto las dos estátuas van levantándose lentamente hasta sentarse en el banco, uno á cada lado de Garabito.*)

ESCENA X.

BERNARDO. AMBROSIO.—GARABITO.

Garabito. ¡Que tierna está! La liebre es el animalito mas docil, y.... (*Sale de ella un gato.*) Pero, señor, ¡que no ha de haber un hosterero que no encaje gato por liebre! Bien dicen que tienen siete vidas los tales: este reservó la séptima para librarse de mis dientes. Como sigamos así, voy á cenar opíparamente. Veremos si este par de perdices son de recibo. (*Trincha.*) Lo que es esta, se deja trinchar sin oposicion. Vamos, esto es perdiz, verdadera perdiz, como se venera en las mejores pastelerías del reino. Y sin embutidos heterogéneos, ni cuerpos exóticos...... La destrocé. ¡Con qué gusto voy....! (*Toma con el tenedor un pedazo, y al ir á comer, repara en las estátuas.*) ¡Válgame el relicario del Escorial! ¡Dos convidados de piedra! (*Huye.*) Señor don Bernardo... señor don Ambrosio.... permítanme ustedes les diga que esto de sentarse á mi mesa de mogollon, sin decir oste ni moste, ni tus ni mus, ni bache ni erre... ¿Eh?—Pues.—Nada, como si hablase con una estátua.

Ambrosio llama con la mano á Garabito.

Garabito. ¿Qué? ¿Que vaya?

Ambrosio dice con la cabeza que sí.

Garabito. Yo digo que no quiero. Si tiene V. algo que decirme, desde aquí puedo oirlo.

Ambrosio toma un vaso y pide vino.

Garabito. ¿No pueden ustedes hablar? ¡Qué diantres! Tienen lengua para saborear el vino, ¡y no les sirve para pedir! Ahí está la botella.

Ambrosio dice que eche de beber á Bernardo.

Garabito. ¿Y qué quiere V. decir con toda esa panto-

mima? ¿Que dé de beber al camarada? Pues no me acomoda. Que se sirva á sí mismo el señor Bernardo.

Ambrosio hace á Garabito notar que Bernardo tiene las manos sujetas.

Garabito. Y es verdad, que tiene atadas las manos. Soy un pollino.

Bernardo y Ambrosio hacen señal afirmativa.

Garabito. Celebro la uniformidad de pareceres. Ea, vamos á darle un traguito. ¡Yo sirviendo á semejantes estafermos! Empine usted: arriba con él. Buen provecho.

Ambrosio pide vino para sí.

Garabito. Señor don Ambrosio, V. se halla con las manos hábiles y espeditas: escánciese á su gusto.

Ambrosio insta.

Garabito. Digo que no quiero.

Ambrosio con la cabeza, sí, sí, sí.

Garabito. Noooó.

Ambrosio se levanta muy incomodado.

Garabito. A mí me importa un bledo que V. se incomode. No quiero ser copero de un mazacote de cantera: lo dije. Y cuidado que á cabeza dura no me ganan ustedes.

Ambrosio enfurecido, arranca la cabeza á Ambrosio, y hace ademan de arrojársela á Garabito.

Garabito. ¡Eh! no tire usted. ¡Vaya! Yo le daré á V. de beber porque no se desgracie esa preciosa escultura. Solo mi amor á las artes podia hacerme dócil en esta ocasion. (*Echa de beber á Ambrosio: Bernardo entretanto se duerme, Ambrosio hace luego lo mismo.*) ¡Qué asombro! Lo mismo bebe que si fuera de carne y hueso. (*Mirando á Bernardo.*) Eso es: ahora á desollarla. ¡Qué sueño tan pesado debe ser el de mis comensales. Y no hay mas: se durmieron como dos cachorros los pedazos de estuco. Me alegro: hora es de que yo piense seriamente en mi situacion. El segundo artículo del acertijo dice: »haz lo que veas.» ¿Qué he visto yo hacer á esta gente? (*Remeda las acciones que indica.*) Sentarse... No: sentarse no; los he visto sentados. Llamarme el uno, pedirme vino, beber el otro, empeñarse el primero en que le sirviese, y al negarme yo, quererme romper la cris-

ma con esta cabeza. (*Va á cogerla. Golpes de tamtan dentro; truenos. Las estátuas se ponen en pie y quedan inmóviles; el monstruo se mueve y sacude las alas.*) ¿Qué significa este estrépito? ¿Es para alentarme ó para detenerme? Lo que no admite duda es que he atinado con el secreto: esta debe ser la cabeza encantada. Yo bien le echaria el guante; pero ¿quién no teme un revés de un cuerpo tan sólido, tan compacto?

ESCENA XI.

EL CONDE. EL SECRETARIO. DON LAIN *y* SOLDADOS, *que saldrán por un lado.* DON ENRIQUE *y* DOROTEA *por otro.*— GARABITO.

Secretario. (*Dentro.*) Nuestro dominio peligra: acudid.

Garabito. Los tudescos vienen. ¿Cómo me defiendo? (*Salen todos.*)

Conde. Aseguradle.

Secretario. Matadle.

Lain. Pulverizadle.

Enrique. Deteneos.

Garabito. Ahí va eso. (*Quita la cabeza á Bernardo, y asi que la tiene en las manos, ambas estátuas quedan en trages antiguos. La mesa se hunde.*)

Enrique. Triunfé. Se descubrió el secreto de la cabeza encantada, y ahora mi talisman es el poderoso.

Conde. ¿De qué te sirve? Mis soldados te cercan.

Lain. Estás en un calabozo.

Enrique. Estoy en mi palacio. Huid. (*Transfórmase el subterráneo en un salon magnífico. Los osos, el monstruo y los monos que salieron en el tercer acto, retiran al conde y los suyos. Los encantados acuden en tropel en trages elegantes.*)

Secretario. Se frustró nuestra venganza. Llevémonos una víctima. (*Se llevan á don Lain.*)

Garabito. (*Aparte.* Ya es viuda Pascuala.)

Enrique. Dulce esposa, hoy renuncio á mis artes májicas. Si hice uso de ellas para obtener tu mano, para conservar tu amor no las necesito.

Dorotea. Amame como hasta hoy: ese hechizo te basta. (*Los encantados ejecutan un baile, y se da fin.*)

NOTA.

Esta comedia se ha impreso por un borrador plagado de enmiendas casi ilegibles: no hay por tanto que estrañar que se hayan cometido en ella las siguientes

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
5	16	bohardilla	buhardilla
14	7	enemiga	galante
22	8	parmanecido	permanecido
26	33	aborreces	aborresces
32	3	movella	moverla
61	1, 4, 7	*Secretario*	*Pájaro-Pinto.*
80	19	vuesrtas	vuestras
82	8	sá came	sácame
87	37	Dicsen	Diesen


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 14 07 09 021 0